



**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR  
FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

**70**  
**ANIVERSARIO**  
**PUCE**  
FUNDADA EN 1946

### **DECLARACIÓN y AUTORIZACIÓN**

Yo, **ADRIANA CAROLINA BORJA ENRÍQUEZ**, C.I. 172186405-4, autora del trabajo de graduación intitulado: **“RECORRIDO DE LA NOCIÓN DE FANTASÍA EN LA OBRA DE FREUD”**. Trabajo realizado desde la teoría psicoanalítica, previo a la obtención del título profesional de **Psicóloga Clínica**, en la Facultad de Psicología.

1.- Declaro tener pleno conocimiento de la obligación que tiene la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, de conformidad con el artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior, de entregar a la SENESCYT en formato digital una copia del referido trabajo de graduación para que sea integrado al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador para su difusión pública respetando los derechos de autor.

2.- Autorizo a la Pontificia Universidad Católica del Ecuador a difundir a través de sitio web de la Biblioteca de la PUCE el referido trabajo de graduación, respetando las políticas de propiedad intelectual de Universidad.

Quito, mayo 2016

**ADRIANA CAROLINA BORJA ENRÍQUEZ**

**C.I. 172186405-4**

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR  
FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

**DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE PSICÓLOGA CLÍNICA**

**RECORRIDO DE LA NOCIÓN DE FANTASÍA EN LA OBRA DE FREUD  
Trabajo realizado desde la teoría psicoanalítica**

**AUTORA:**

**ADRIANA CAROLINA BORJA ENRÍQUEZ**

**DIRECTORA: VIRNA PINOS**

**QUITO, 2016**

## DEDICATORIA

*En memoria de Katerine Ramírez,  
por la calma de la brevedad;  
como quien, en la oscuridad del sueño,  
abre los ojos.*

## AGRADECIMIENTOS

*A mi familia, amigos y quienes  
de una manera u otra han acompañado el camino.*

*A Virna Pinos,  
por su guía desde el inicio de mi práctica clínica  
y la dirección durante la elaboración del presente trabajo.*

## TABLA DE CONTENIDOS

<b>RESUMEN.....</b>	<b>V</b>
<b>INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>1</b>
<b>1. SOBRE LA TEORÍA DEL TRAUMA.....</b>	<b>3</b>
1.1. ANTECEDENTES .....	3
1.2. ACERCA DEL TRAUMA EN LA HISTERIA .....	5
1.2.1. <i>Escena traumática</i> .....	6
1.3. FORMACIÓN DEL SÍNTOMA.....	7
1.3.1. <i>Fantasías y sueños diurnos</i> .....	10
1.4. NOCIÓN DE FANTASÍA EN HISTORIALES CLÍNICOS .....	13
1.4.1. <i>“Phantasme” en el historial clínico de Anna O.</i> .....	13
1.4.2. <i>Fantasías sexuales en el historial clínico de Dora</i> .....	16
<b>2. FANTASÍA Y REALIDAD PSÍQUICA.....</b>	<b>21</b>
2.1. ABANDONO DE LA TEORÍA DE SEDUCCIÓN.....	21
2.2. REALIDAD PSÍQUICA.....	25
2.3. FANTASÍAS Y RECUERDOS ENCUBRIDORES.....	30
2.4. FICCIÓN EN EL ANÁLISIS .....	32
<b>3. SOBRE LAS FANTASÍAS.....</b>	<b>36</b>
3.1. FANTASÍAS SOBRE EL ORIGEN DE LA SEXUALIDAD .....	36
3.1.1. <i>Seducción</i> .....	36
3.2. FANTASÍAS SOBRE LA CONCEPCIÓN .....	39
3.2.1. <i>Teorías sexuales infantiles</i> .....	39
3.2.2. <i>Escena primaria</i> .....	43
3.2.3. <i>Novela familiar</i> .....	45
3.3. FANTASÍAS SOBRE EL ORIGEN DE LA DIFERENCIA DE LOS SEXOS.....	48
3.3.1. <i>Castración</i> .....	48
3.4. FANTASÍAS EN EL ANÁLISIS.....	50
3.4.1. <i>Fantasías de paliza</i> .....	50
3.5. LA NOCIÓN DE FANTASÍA EN FREUD ARTICULADO AL CONCEPTO DE FANTASMA EN LACAN .....	52
<b>CONCLUSIONES.....</b>	<b>57</b>
<b>RECOMENDACIONES.....</b>	<b>59</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA.....</b>	<b>60</b>

## **RESUMEN**

En la presente disertación se plantea el seguimiento de la noción de fantasía a través de algunos textos de la obra de Freud, para identificar el camino que permitió que el psicoanálisis trascienda desde sus orígenes en cuanto a la teoría del trauma en el tratamiento de la histeria, hasta derivar en el desarrollo de un enfoque hacia la realidad psíquica y la sexualidad infantil. Se considera importante reconocer los aportes freudianos, que resultaron innovadores para su época, cuya influencia aportó en la elaboración de otras nociones y conceptos por parte de otros autores en la construcción de la teoría y clínica psicoanalítica.

### **Palabras clave:**

Fantasía, realidad psíquica, síntoma, fantasías de seducción, fantasías originarias, fantasma.

## INTRODUCCIÓN

El interés que propició el desarrollo de esta disertación teórica, surgió a partir de la lectura del texto de Freud sobre *El creador literario y el fantaseo*, por su vinculación con la literatura, tema que me ha convocado desde hace ya varios años. Sin embargo, durante el desarrollo del trabajo se advirtió la amplitud del abordaje de la fantasía y creación literaria que se había planteado inicialmente, por lo que se consideró pertinente delimitar el enfoque del presente trabajo en función del objetivo de indagar el recorrido de la noción de fantasía y exponer sus variaciones a lo largo de la obra freudiana e influencia en posteriores elaboraciones por parte de otros psicoanalistas; hasta concluir con una breve aproximación hacia el concepto de fantasma en Lacan.

El tema hacia el que se dirige y en que se cierra este trabajo remite a un momento previo al inicio de la especialidad clínica, en que había expresado, en el espacio supuestamente terapéutico –aunque llevado en el orden del requisito académico– algo de mi preocupación por la incomprensión frente a la lectura de un texto de Lacan en que se mencionaban términos y fórmulas, para mí ajenos en ese tiempo, entre ellos la fórmula del fantasma. La respuesta de quien intentaba escucharme –a pesar de la aparente angustia y evidente eclecticismo teórico–, resaltó la importancia de “superar los miedos” y “no temer a los fantasmas”.

Después del período de formación, trabajo personal, clínica y supervisión, además del desarrollo de esta disertación, se ha advertido que en principio la experiencia del psicoanálisis pasa por el trabajo, la lectura, la elaboración; por lo que ahora, al recordar aquel episodio y comentario risible, no es difícil colegir que habría sido más oportuno el silencio, o puntualizar la pretensión ingenua de “comprender”, y especialmente la sugerencia de leer a Freud, más allá del abordaje directo a Lacan; puesto que la profundización sobre la obra freudiana en articulación con lo propuesto posteriormente por otros autores, resulta fundamental en la formación teórica y clínica en el campo del psicoanálisis.

Observando la necesidad de profundizar dicha lectura, más allá de lo trabajado durante la formación universitaria, se planteó la realización de una disertación teórica a partir del recorrido de la noción de fantasía en algunos textos de la obra freudiana, mediante la revisión, organización cronológica y articulación con otros conceptos de la teoría psicoanalítica; a partir de lo propuesto como tratamiento de la histeria y el pasaje de la teoría de seducción hacia el enfoque de la realidad psíquica. Además de los textos de

Freud, se han utilizado como complemento los diccionarios psicoanalíticos de Dylan Evans, Chemama y Laplanche. Asimismo, para profundizar ciertos tópicos y para la aproximación a Lacan, se han tomado en cuenta los aportes de autores como Braunstein, Saal, Eidelsztein, Miller y Rabinovich.

En cuanto a la organización de los contenidos, en primer lugar se plantean antecedentes, a partir de las definiciones recopiladas desde los diccionarios psicoanalíticos, para contextualizar. En el primer capítulo se ahonda en las escenas de seducción y síntomas histéricos, que anteceden a la conceptualización de la realidad psíquica. Además, se recogen aportes sobre la noción de fantasía en los historiales clínicos de Anna O. y Dora, en los cuales se vislumbra la articulación entre el síntoma y lo fantasmático.

En el segundo capítulo sobre fantasía y realidad psíquica, se presenta el desarrollo de la noción de realidad que Freud plantea posterior a la teoría del trauma por escenas de seducción en la infancia. Se advierte que a pesar de haber notado la sobrestimación de dicha teoría, Freud no lo había hecho público inmediatamente; sin embargo, resaltaría luego la importancia de esa primera etapa de su trabajo, puesto que le permitió endilgar después sus investigaciones en otra vía, en que se considera a los eventos traumáticos como elaboraciones de la fantasía que constituyen, más allá de la realidad objetiva, la realidad psíquica del sujeto.

En el tercer capítulo sobre las fantasías, se resume parte de lo propuesto por Freud a partir de aquel corte en que su teoría da un giro, que le permite tomar en consideración las fantasías relacionadas con la pregunta sobre el origen de la sexualidad, la concepción, la diferencia de los sexos y fantasías en el análisis. Además, se expone una aproximación de la noción de fantasía hacia el desarrollo del concepto de fantasma en Lacan, que no constituye en sí el punto focal de la investigación, pero se ha considerado importante concluir señalando brevemente el giro de la concepción freudiana desde la pulsión y lo imaginario, hacia el concepto de fantasma que Lacan articula con el deseo y lo simbólico.

## 1. SOBRE LA TEORÍA DEL TRAUMA

### 1.1. Antecedentes

El recorrido de la noción de fantasía a lo largo de la obra de Freud constituye un camino trascendente en la evolución de la teoría psicoanalítica; dio lugar, por ejemplo, a diversas elaboraciones sobre el fantasma en la obra de otros autores, que ha influido en el desarrollo, tanto en la teoría como en la clínica, hasta la actualidad.

En el *Diccionario de Psicoanálisis* de Chemama, se indica que la fantasía es “para Freud, representación, guion escénico imaginario, consciente (ensoñación), preconsciente o inconsciente, que implica a uno o a varios personajes y que pone en escena de manera más o menos disfrazada un deseo” (Chemama, 1998, pág. 157).

Laplanche (2004, pág. 138), en su diccionario, coincide con la definición de Chemama y define también a la fantasía como un guion imaginario, en el que “se halla presente el sujeto y que representa, en forma más o menos deformada por los procesos defensivos, la realización de un deseo y, en último término, de un deseo inconsciente”.

Se advierte la definición común que alude a un guion imaginario, escenificación del deseo que remite a los orígenes de la noción en la teoría de Freud, en que se trata sobre las escenas de seducción y escena primaria, que dieron lugar a precisiones sobre la sexualidad infantil.

En cuanto al término *Phantasie*, Laplanche (2004, pág. 138) explica que designa la imaginación; no tanto como la facultad de imaginar en el sentido filosófico del término, sino como el mundo imaginario, sus contenidos, la actividad creadora que lo anima (*das Phantasieren*).

En su obra *Fantasía originaria, fantasía de los orígenes, orígenes de la fantasía*, Laplanche contextualiza el significado del término *Phantasie* en el ámbito psicoanalítico:

En alemán *Phantasie*, es el término que designa la imaginación; más que la “facultad de imaginar” (la *Einbildungskraft* de los filósofos), el mundo imaginario y sus contenidos, las “imaginaciones” o “fantasía” en las que se atrincheran el neurótico o el poeta. En estas escenas que relata el sujeto, o que el psicoanalista le relata, es imposible dejar de reconocer el matiz de lo fantasmagórico. ¿Cómo entonces eludir la tentación de definir este mundo en función de aquello de lo cual se separa, es decir el mundo de la realidad? Esta oposición existió desde mucho antes que el psicoanálisis, pero puede llegar a encerrar en sus términos la teoría y la práctica psicoanalíticas (Laplanche, 1985).

En el diccionario de Laplanche y Pontalis (2004, pág. 140), se señala la extensa utilización del término fantasía en psicoanálisis, a pesar del inconveniente en cuanto a no

precisar su situación tópica (consciente, preconsciente o inconsciente). Sin embargo, indica que “lo que Freud denomina como Phantasieren son ante todo los sueños diurnos, escenas, episodios, novelas, ficciones que el sujeto forja y se narra a sí mismo en estado de vigilia” (Laplanche, 2004, pág. 140).

En los Estudios sobre la histeria (Studien über Hysterie, 1895), Breuer y Freud mostraron la frecuencia y la importancia de esta actividad fantaseadora en el histérico y la describieron como frecuentemente «inconsciente», es decir, produciéndose durante estados de ausencia o estados hipnoides\*. En La interpretación de los sueños (Die Traumdeutung, 1900) todavía describe Freud las fantasías basándose en el modelo de los sueños diurnos. Las analiza como formaciones de compromiso y muestra que su estructura es comparable a la del sueño (Laplanche, 2004, pág. 140).

Es evidente la frecuente utilización de la expresión “fantasía inconsciente”, lo que no siempre implica una designación establecida, sino que pareciera considerarse en ocasiones un ensueño, al cual se entrega el sujeto y del que tomará o no conciencia reflexivamente; y que además se habían convertido en precursoras de los síntomas histéricos (Laplanche, 2004, pág. 140).

Se identifica como una problemática de la obra freudiana, la dificultad en establecer una distinción de naturaleza entre fantasía inconsciente y fantasía consciente, ya que tiende más bien a señalar sus analogías, sus estrechas relaciones, los pasos entre ellas. Además, en cuanto a la cura, Laplanche (2004, págs. 141-142) indica que el psicoanalista habría de dedicarse a descubrir la fantasía subyacente, tras las producciones del inconsciente, como el sueño, el síntoma, el actuar, las conductas repetitivas; siendo todo el conjunto de la vida del sujeto, organizado por lo que podría denominarse, para subrayar su carácter estructurante, una actividad fantaseadora.

Al respecto de la fantasía, Laplanche señala que:

Ésta no debe concebirse únicamente como una temática, aunque estuviera marcada para cada individuo por rasgos eminentemente singulares, sino que comporta un dinamismo propio, en virtud del cual las estructuras fantaseadas intentan expresarse, encontrar una salida hacia la conciencia y la acción, atrayendo constantemente hacia ellas un nuevo material (Laplanche, 2004, pág. 142).

Ulterior a la elaboración freudiana, Lacan sustituye el término común de fantasía, que se habían utilizado hasta entonces, por el término de fantasma. Diana Rabinovich, psicoanalista argentina, señala que el término “fantasma” originalmente, tanto en francés como en castellano, no significaba “espectro” sino “fantasía”; resalta que es un término derivado del griego que significaba fantasía como tal (Rabinovich, 2005, pág. 1).

Pueden encontrarlo, en castellano, ya en el 1600, en el Diccionario de la lengua castellana, así como es un sentido antiguo, no demasiado usado en francés, que Lacan retoma. De modo tal que el fantasma no es el espectro, sino el equivalente en Lacan del concepto de fantasía (Rabinovich, 2005, pág. 1).

A pesar de las variaciones en cuanto a la noción de fantasía que se observan, se colige que en la elaboración freudiana el término alude a la imaginación, en cuanto a contenidos y capacidad de creación, así como su vinculación con temas que se desarrollan a continuación, como sueños diurnos, escenas, novelas familiares, entre otros.

Posteriormente, sería Lacan quien diera un giro al término, tanto en la forma de escribir la palabra como en su concepción, sin limitarlo a lo imaginario o a lo fantasmático en el orden de lo espectral.

## **1.2. Acerca del trauma en la histeria**

Durante los primeros años de elaboración freudiana, se ahondó en el tratamiento de la histeria, lo que permitió a Freud trabajar sobre los síntomas hasta llegar a advertir el lugar de la realidad psíquica y las fantasías inconscientes. A continuación se presenta el resumen del recorrido de dicha elaboración, iniciando con la teoría del trauma:

A finales del siglo XIX se habían generado distintas propuestas para el tratamiento de las denominadas histerias. Sigmund Freud y Josef Breuer, ambos médicos austriacos, habían llevado a cabo un constante trabajo teórico y práctico en el tratamiento de pacientes con síntomas conversivos. Resalta el particular interés de Freud en el tema, quien profundizó en las elaboraciones de Jean-Martin Charcot, neurólogo francés, en cuanto a la hipnosis como método terapéutico en el tratamiento de pacientes con sintomatología próxima a la histeria; incluso compartió junto a él un período de práctica clínica y tradujo algunas de sus obras al alemán.

En el texto *Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos* de los *Estudios sobre la Histeria*, Freud y Breuer (1992/1895, pág. 29) exponen que el detonante del síntoma histérico suele remontarse atrás en el tiempo. Indican, además, que la mayoría de casos presentan dificultad en el tratamiento, puesto que los denominados síntomas actuales se debían a vivencias que resultaban desagradables de recordar y comentar; por lo que se había exaltado el valor de la hipnosis para generar un estado en que puedan despertar los recuerdos del tiempo en que el síntoma afloró la primera vez, y de esa forma poner en evidencia el nexo de manera nítida.

Además, Freud (1992/1895, pág. 30) plantea en su texto que un evento se convierte en trauma y deja huella en el pasado del sujeto cuando representa un peligro mortal, una

amenaza a la vida, sin que necesariamente haya habido un traumatismo físico. Asimismo, se señala que el trauma generalmente se relaciona con una parte del cuerpo, sobre el cual girará posteriormente el síntoma patológico.

### **1.2.1. Escena traumática**

En su articulación sobre la teoría del trauma y la escena de seducción en el inicio del trabajo teórico de Freud a partir de su experiencia clínica, Laplanche señala que en el primer tiempo, el de la seducción propiamente dicha, el acontecimiento sexual es producido desde el exterior a un sujeto incapaz todavía de emoción sexual (ausencia de las condiciones somáticas de la excitación, imposibilidad de integrar la experiencia). La escena, en el momento de producirse, no es objeto de represión. Sólo en un segundo tiempo, un nuevo acontecimiento, que no comporta necesariamente una significación sexual en sí mismo, evoca por algunos rasgos asociativos el recuerdo del primero (Laplanche, Diccionario de psicoanálisis, 2004, pág. 394).

Sobre los elementos de estas dos escenas, Laplanche (2004, pág. 449) explica que en la primera escena el niño sufre una tentativa sexual por parte de un adulto, sin que ésta despierte en él excitación sexual; mientras que en la segunda escena, a menudo de apariencia intrascendente, y ocurrida después de la pubertad, evoca, por algún rasgo asociativo, la primera. Indica que sería el recuerdo de la primera el que desencadena un aflujo de excitaciones sexuales que desbordan las defensas del yo.

No se consideraría entonces al trauma psíquico como una copia del traumatismo físico, ya que la segunda escena no actúa por su propia energía, sino solamente en la medida en que despierta una excitación de origen endógeno (Laplanche, 2004, pág. 449).

Freud no se contenta, en aquella época, con describir el trauma como el despertar de una excitación interna por efecto de un acontecimiento exterior que es solamente su causa desencadenante; siente la necesidad de relacionar a su vez este acontecimiento con un acontecimiento anterior que sitúa en el origen de todo el proceso (Laplanche, 2004, pág. 450).

En la primera escena, que alude a la seducción, el niño es objeto por parte del adulto de una tentativa sexual ("atentado" o simples avances), pero sin que ésta genere excitación sexual en él, la calificación de sexual concierne a la medida en que lo es desde el exterior y para el adulto. Pero el niño no posee ni las condiciones somáticas de la excitación ni las representaciones para integrar el hecho, por lo que se consideraría de significación "sexual pre-sexual" (Laplanche, 1985, pág. 31).

En cuanto a la segunda escena, se expone que:

Tiene lugar después de la pubertad, es, si cabe decirlo así, aun menos traumática que la primera. No violenta, en apariencia anodina, sólo tiene el efecto de evocar retroactivamente el primer hecho en función de ciertos rasgos asociativos. Es entonces el recuerdo de la primera escena lo que desencadena la escalada de excitación sexual, que sorprende al "yo" (moi) y lo deja inerte, sin poder utilizar las defensas normalmente dirigidas hacia el "afuera", poniendo así en acción una defensa patológica o "proceso primario póstumo": la represión del recuerdo (Laplanche, 1985, pág. 31).

Este esquema, al que Freud denominó *proton pseudos*, pone en juego dos premisas: en el primer tiempo, la sexualidad irrumpe literalmente desde afuera y penetra en un "mundo de la infancia" que se asume inocente, donde queda enquistado como un hecho no elaborado, sin provocar reacción de defensa alguna; el hecho en sí no es patógeno. Por otra parte, en el segundo tiempo, cuando con la pubertad se activa el fenómeno fisiológico de la sexualidad, surge el displacer cuyo origen se sitúa en el recuerdo del hecho primero, hecho del afuera transformado en hecho de adentro, "cuerpo extraño" interno que esta vez irrumpe desde lo más íntimo del sujeto (Laplanche, 1985, págs. 32-33).

### **1.3. Formación del síntoma**

Sobre la génesis de los síntomas histéricos, Freud (1992/1895, pág. 30) había apuntado hacia los traumas generados en los primeros años de vida y señala que "con harta frecuencia son sucesos de la infancia los que han producido para todos los años subsiguientes un fenómeno patológico más o menos grave".

Sin embargo, el nexo causal del trauma psíquico ocasionador con el fenómeno histérico no es tal que el trauma, como *agent provocateur* {agente provocador}, desencadenaría al síntoma, el cual subsistiría luego, ya devenido autónomo. Antes bien, debemos aseverar que el trauma psíquico, o bien el recuerdo de él, obra al modo de un cuerpo extraño que aún mucho tiempo después de su intrusión tiene que ser considerado como de eficacia presente (Freud, 1992/1895, pág. 32).

Se expone el nexo entre el trauma psíquico y el fenómeno histérico, que sería desencadenado por supuestos sucesos de la infancia, generalmente relacionados al abuso o seducción del padre u otro adulto, que a pesar del paso del tiempo permanecen; siendo el trauma o su recuerdo, los que a su vez detonan el síntoma. Freud indica que el empaldecimiento de un recuerdo depende de factores como la reacción frente al suceso, si se trata de una reacción enérgica o no (Freud, 1992/1895, págs. 32-34).

Si esta reacción se produce en la escala suficiente, desaparece buena parte del afecto; nuestra lengua testimonia este hecho de observación cotidiana mediante las expresiones

«sich austoben» {«desfogarse»}, «sich ausweinen» («desahogarse llorando»), etc. Si la reacción es sofocada, el afecto permanece conectado con el recuerdo. Un ultraje devuelto, aunque sólo sea de palabra, es recordado de otro modo que un ultraje que fue preciso tragarse (...) Cuando no se produce esa reacción de obra, de palabra, o mediante el llanto en los casos más leves, el recuerdo del hecho conserva en principio su tinte afectivo. (Freud, 1992/1895, pág. 34).

Freud (1992/1895, pág. 40) ubica el origen de la patología en aquellos traumas psíquicos que no se tramitaron por vía de abreacción<sup>1</sup> ni por un trabajo asociativo del pensar; por tanto, la hipnosis, que se había establecido como técnica terapéutica aplicada por aquellos años en el tratamiento de los denominados ataques histéricos, consistía en inhabilitar el recuerdo que había provocado el ataque histérico, a través de llevarlo a la reacción y rectificación asociativa durante un estado hipnoide.

En *Fragmentos de la correspondencia con Fliess, publicación de 1950* que reúne misivas desde 1892 hasta 1899, período importante en el desarrollo de la teoría psicoanalítica, Freud ahonda en la cuestión de los recuerdos y el placer en cuanto a las vivencias sexuales. En la carta 52, con fecha 6 de diciembre de 1896, Freud manifiesta que al generar placer, la reproducción de aquellas vivencias estaría conectada a un placer que no se inhibe y, por tanto, constituye una compulsión; llegando a la tesis de que “Cuando una vivencia sexual es recordada con diferencia de fase, a raíz de un desprendimiento de placer se genera compulsión, a raíz de un desprendimiento de displacer, represión” (Freud, 1992/1950, pág. 277).

Al hablar sobre el placer en el síntoma histérico, Freud trabaja el tema a partir de la acción como vía de reproducción del mismo:

El ataque histérico no es un aligeramiento sino una *acción*, y conserva el carácter originario de toda acción: ser un medio para la reproducción de placer. Esto es al menos el ataque en su raíz; por lo demás, se motiva ante lo preconsciente con toda clase de otras razones. Así, tienen ataques de sueño aquellos enfermos a quienes se les aportó algo sexual estando ellos *dormidos*; se vuelven a dormir para vivenciar lo mismo, y a menudo provocan con ello el desmayo histérico. El ataque de vértigo, el espasmo de llanto, todo ello cuenta con el *otro*, pero las más de las veces con aquel otro prehistórico inolvidable a quien ninguno posterior iguala ya (Freud, 1992/1950, pág. 280).

---

<sup>1</sup> “Descarga emocional, por medio de la cual un individuo se libera del afecto ligado al recuerdo de un acontecimiento traumático, lo que evita que éste se convierta en patógeno o siga siéndolo” (Laplanche, 2004, pág. 1).

Además, Freud (1992/1950, pág. 291) señala la probabilidad de que hubieran enfermos que se aferran a su padecer; asocia el padecimiento con una medida de protección contra la propia libido:

En esta fase el síntoma mnémico se convierte en síntoma de defensa, ambas clases de corrientes activas se reúnen. En estadios anteriores el síntoma era consecuencia de la libido, un síntoma de provocación; entretanto, sirven a la defensa quizá las fantasías (Freud, 1992/1950, pág. 291).

Por otro lado, observa la posibilidad de perseguir “el camino, tiempo y material de la formación de fantasía, que por otra parte es en un todo semejante a la formación de sueño, salvo que no es una regresión, sino una progresión dentro de la figuración” (Freud, 1992/1950, pág. 291).

Al respecto de la formación de fantasías, Freud (1992/1950, pág. 293) en el *Manuscrito M*, escrito en 1897, expone que se generan por una conjunción inconsciente entre vivencias y cosas oídas, que tienden a hacer inasequible el recuerdo del que surgieron; además, indica que su formación sucedería por combinación y desfiguración; lo compara con la descomposición de un cuerpo químico que se combina con otro.

Indica que en cuanto a la desfiguración, se daría una falsificación del recuerdo por fragmentación, en lo cual se descuidarían las relaciones del tiempo; por lo que un fragmento de la escena vista es reunido en la fantasía con otro de la escena oída, volviendo inhallable el nexo originario (Freud, 1992/1950, pág. 293).

Mediante la formación de tales fantasías (en períodos de excitación), cesan los síntomas mnémicos. A cambio, están presentes poetizaciones inconscientes, que no sucumben a la defensa. Si ahora crece la intensidad de una de estas fantasías a punto tal que no pueda menos que conquistarse el acceso a la conciencia, la fantasía sucumbe a la represión y se genera un síntoma por esforzamiento hacia atrás {Rückdrangung} desde ella sobre los recuerdos constituyentes (Freud, 1992/1950, págs. 293-294).

Freud (1992/1950, pág. 294) establece, en aquel momento, que la totalidad de síntomas de angustia asociados a fobias, estarían derivados de fantasías; “Un tercer empuje hacia adelante, y una tercera variedad de la formación de síntoma, quizá procedan de una formación de impulso.

En cuanto a la memoria, Freud indica una diferencia entre aquellos recuerdos que se traspapelan y son sustituidos mediante fantasías, y otros recuerdos que son aseguibles y que parecen llevar directamente a impulsos. Se interroga acerca de la probabilidad de que surgieran impulsos a partir de fantasías y comenta que de manera semejante, neurosis

obsesiva y paranoia surgirían ex aequo {en un pie de igualdad} de histeria, lo cual según Freud explicaría la inconciliabilidad de aquellas (Freud, 1992/1950, pág. 297).

Señala que el motivo de la formación del síntoma es la libido, y hace una semejanza entre el síntoma y el sueño como vías de cumplimiento de deseo. Indica que desde los recuerdos se desplazarían, por una parte unos productos psíquicos como impulsos, fantasías, motivos; y por otra, la defensa penetraría desde lo preconscious a lo inconsciente (Freud, 1992/1950, pág. 298).

La formación de síntoma por identificación está anudada a las fantasías, o sea, a la represión de ellas dentro del lcc, análogamente a la alteración del yo en la paranoia. Puesto que a estas fantasías reprimidas se anuda el estallido de angustia, es preciso concluir que la mudanza de libido en angustia no se produce por defensa entre Yo e lcc, sino en el interior del lcc mismo. Por tanto, existe también libido lcc (Freud, 1992/1950, pág. 298).

En la carta 66, Freud (1992/1950, págs. 299-300) señala que productos psíquicos superiores, tales como las falsificaciones de la memoria y las fantasías referidas al pasado o al futuro, son generados de los recuerdos, que perduran un momento y caen bajo la defensa, comparándolos con el sueño que, según Freud, contiene toda la psicología de las neurosis.

Junto a eso se generan impulsos perversos, y a raíz de la represión de estas fantasías e impulsos, que luego se vuelve necesaria, surgen como resultado los determinismos más elevados de los síntomas que ya se siguen de los recuerdos, y motivos nuevos para aferrarse a la enfermedad. Tomo noticia de algunos casos típicos de composición de estas fantasías e impulsos, y de algunas condiciones típicas para el advenimiento de la represión contra ellos (Freud, 1992/1950, pág. 300).

### **1.3.1. Fantasías y sueños diurnos**

Al definir al sueño diurno, Laplanche (2004, pág. 418) señala en su diccionario que Freud lo consideraba como sinónimo de fantasía o de fantasía diurna y se le reconoce como parte importante del material del sueño; pueden encontrarse entre los restos diurnos y se hallan sometidos, como estos, a todas las deformaciones; más específicamente, pueden proporcionar a la elaboración secundaria un guion ya completamente montado.

Desde el trabajo sobre la histeria, entre Breuer y Freud, ya se vislumbraba el lugar de los sueños diurnos, que nos remite al hábito de ensueño, o “teatro privado” en el caso de Anna O., que “favorecería, según Breuer, la constitución de una escisión\* (Spaltung) dentro del campo de la conciencia” (Laplanche, 2004, pág. 418).

Posteriormente, en la segunda parte de la *Interpretación de los sueños* (1901), al hablar de los afectos en el sueño, Freud (1992/1900b, pág. 488) señala que el estudio de las psiconeurosis había deparado un hallazgo curioso: las fantasías o sueños diurnos son las etapas previas más inmediatas de algunos de los síntomas histéricos. Además, hace énfasis en que los síntomas histéricos dependen de las fantasías que se construyen sobre la base de los recuerdos.

En 1898, Freud habló del carácter encubridor de muchos recuerdos infantiles que se presentan como un telón de impresiones hipernítidas que, cuando son analizadas, resultan no ser recuerdos sino fantasías obturadoras, tranquilizadoras, amortiguadoras del traumatismo de ese primer encuentro con el espanto (Braunstein, 2001, pág. 2).

Freud señala que dentro de los recursos de los pensamientos oníricos se encuentra un producto fundamental “que no espera sino que se lo use, (...) suelo designarlo como «fantasía»; quizá despeje posibles malentendidos si enseguida lo llamo sueño diurno [Tagtraum], por ser lo análogo al sueño que encontramos en la vida de vigilia” (Freud, 1992/1900b, pág. 488).

Freud (1992/1900b, pág. 488) no hesita al otorgar el nombre de sueño diurno a este tipo de fantasías que suceden en la vigilia, ya que “como los sueños, ellas son cumplimientos de deseo; como los sueños, se basan en buena parte en las impresiones de vivencias infantiles; y como ellos, gozan de cierto relajamiento de la censura respecto de sus creaciones”.

El estudio de las psiconeurosis nos depara un sorprendente hallazgo: estas fantasías o sueños diurnos son las etapas previas más inmediatas de los síntomas histéricos —al menos de toda una serie de ellos—; no de los recuerdos mismos, sino de las fantasías construidas sobre la base de ellos, dependen sobre todo los síntomas histéricos.” La frecuente emergencia de fantasías diurnas conscientes nos pone en conocimiento de estas formaciones; pero así como las hay conscientes, son abundantísimas las fantasías inconscientes que tienen que permanecer tales a causa de su contenido y por provenir de material reprimido (Freud, 1992/1900b, pág. 488).

En *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*, Freud (1992/1908b, pág. 141) resalta el carácter erótico de los sueños diurnos en ambos géneros, y señala que en el caso de varones jóvenes, en aquellas ensoñaciones —por ejemplo— llevan a cabo hazañas para agradar a una muchacha y que ella los prefiera entre otros hombres. “Estas fantasías son unos cumplimientos de deseo engendrados por la privación y la añoranza; llevan el nombre de «sueños diurnos» con derecho, pues proporcionan la clave para entender los sueños nocturnos”.

Esos sueños diurnos son investidos con un interés grande, se los cultiva con esmero y las más de las veces se los reserva con vergüenza, como si pertenecieran al más íntimo patrimonio de la personalidad. Ahora bien, es fácil reconocer por la calle al que va inmerso en su sueño diurno: se sonríe de manera repentina, como ausente; conversa consigo mismo o apresura su andar hasta correr casi, con lo cual marca el punto culminante de la situación ensoñada (Freud, 1992/1908b, pág. 142).

En cuanto a la vergüenza frente al sueño diurno, en su trabajo sobre *El creador literario y el fantaseo*, Freud expone una analogía entre el juego y el fantaseo. Sin embargo, advierte Freud una diferencia sustancial, en cuanto al sentimiento de vergüenza y la intención de ocultar sus fantasías por parte de los adultos, a diferencia de los niños, quienes no se ocupan de esconder sus juegos:

El fantasear de los hombres es menos fácil de observar que el jugar de los niños. El niño juega solo o forma con otros niños un sistema psíquico cerrado a los fines del juego, pero así como no juega para los adultos como si fueran su público, tampoco oculta de ellos su jugar. En cambio, el adulto se avergüenza de sus fantasías y se esconde de los otros, las cría como a sus intimidades más personales, por lo común preferiría confesar sus faltas a comunicar sus fantasías. Por eso mismo puede creerse el único que forma tales fantasías, y ni sospechar la universal difusión de parecidísimas creaciones en los demás. Esta diversa conducta del que juega y el que fantasea halla su buen fundamento en los motivos de esas dos actividades, una de las cuales es empero continuación de la otra (Freud, 1992/1908a, pág. 129).

Freud (1992/1908a, pág. 130) alude al deseo insatisfecho como fuerza pulsional de las fantasías y asegura que cada fantasía singular constituye un cumplimiento de deseo, una rectificación de la realidad que resulta insatisfactoria.

El juego, según lo propuesto por Freud, se genera alrededor de la premisa de “ser grande”, deseo que se escenifica a través de la imitación de situaciones que han devenido familiares a partir de la observación de las personas mayores en su entorno. Freud (1992/1908a, pág. 130) señala que durante la infancia, los niños no precisarían esconder aquel deseo; sin embargo, el adulto, que sabe que de él se espera que actúe en el mundo real, en que ya no hay lugar para el juego ni el fantaseo, “entre los deseos productores de sus fantasías hay muchos que se ve precisado a esconder; entonces su fantasear lo avergüenza por infantil y por no permitido”.

Al explicar los sueños diurnos, en la *23ª Conferencia de introducción al psicoanálisis*, como las más conocidas producciones de la fantasía, Freud comenta que constituyen una forma de satisfacer deseos eróticos, de ambición y de grandeza, que florecen especialmente cuando la realidad exige moderación o paciencia. Se señala que la

esencia de la fantasía es que la ganancia de placer se hace independiente de la aprobación de la realidad (Freud, 1992/1917b, pág. 339).

Se dice que los sueños diurnos son el núcleo y los modelos de los sueños nocturnos, puesto que estos no son sino sueños diurnos que se han vuelto utilizables por la liberación que durante la noche experimentan las mociones pulsionales, y que son desfigurados por la forma nocturna de la actividad anímica. Además, señala que los sueños diurnos inconscientes son fuente, tanto de los sueños nocturnos como de los síntomas neuróticos (Freud, 1992/1917b, pág. 340).

En cuanto a la importancia de la fantasía en la formación del síntoma, Freud (1992/1917b, pág. 340) indica que la libido inviste regresivamente las posiciones que había abandonado, pero a las que quedó adherida con ciertos montos; a lo que añade, sobre la forma en que la libido encuentra el camino hacia esos lugares de fijación, que todos los objetos y orientaciones de la libido resignados no lo han sido todavía por completo, permanecen retenidos aún con cierta intensidad en las representaciones de la fantasía.

La libido no tiene más que volver a las fantasías para hallar expedito desde ellas el camino a cada fijación reprimida. Estas fantasías gozan de cierta tolerancia, y no se llega al conflicto entre ellas y el yo, por grandes que sean las oposiciones, mientras se observe una determinada condición. Es una condición de naturaleza *cuantitativa*, infringida ahora por el reflujó de la libido a las fantasías. Por este aflujó la investidura energética de las fantasías se eleva tanto que ellas se vuelven exigentes, desarrollan un esfuerzo, orientado hacia la realización (Freud, 1992/1917b, pág. 340).

Freud (1992/1917b, pág. 340) califica de inevitable el conflicto entre las fantasías y el yo, si antes las fantasías fueron preconscientes o conscientes, ahora son sometidas a la represión y libradas a la atracción del inconsciente.

Desde las fantasías ahora inconscientes, la libido vuelve a migrar hasta sus orígenes en el inconsciente, hasta sus propios lugares de fijación. La retirada de la libido a la fantasía es un estadio intermedio del camino hacia la formación de síntoma (Freud, 1992/1917b, pág. 341).

#### **1.4. Noción de fantasía en historiales clínicos**

##### **1.4.1. “Phantasme” en el historial clínico de Anna O.**

En *Estudios sobre la Histeria* se detalla el tratamiento de una paciente de Breuer, con quien trabajó entre 1880 y 1882, mediante hipnosis. Se trata del caso de Anna O., que constituye el primero de los historiales clínicos que constan en la publicación de 1893. En la descripción del caso, se la presenta como una muchacha de desbordante vitalidad que llevaba una vida monótona, a lo que atribuye un modo de embellecerla: el soñar diurno, al

que definía como su “teatro privado”, en el que se sumergía mientras cumplía sus actividades cotidianas y que, según indica Breuer, luego habría desembocado en su trastorno (Freud, 1992/1895, págs. 47-48).

En cuanto al tratamiento, Breuer indica que “le quitaba todo el acopio de fantasmas {Phantasme} que ella había acumulado desde mi última visita. Esto debía ser exhaustivo si se quería obtener éxito” (Freud, 1992/1895, pág. 54); aquello se realizaba en sesiones hacia el anochecer, momento en que Anna sumergida en un estado hipnótico, elaboraba construcciones que Breuer califica como, primero como poéticas y luego como terroríficas, acerca de diversos traumas que habían generado sus síntomas: “esos informes del anochecer perdieron el carácter de una creación poética más o menos libre y se trocaron en unas series de alucinaciones temerosas, terroríficas, que ya a lo largo del día se podían deducir del comportamiento de la enferma” (Freud, 1992/1895, pág. 55).

Freud, menciona en 1910, en sus *Cinco conferencias de psicoanálisis*, el caso de Anna O. y compara las fantasías elaboradas durante el tratamiento con los sueños diurnos:

Eran fantasías tristísimas, a menudo de poética hermosura –sueños diurnos, diríamos nosotros-, que por lo común tomaban como punto de partida la situación de una muchacha ante el lecho de enfermo de su padre. Toda vez que contaba cierto número de esas fantasías, quedaba como liberada y se veía reconducida a la vida anímica normal. Ese bienestar, que duraba varias horas, daba paso al siguiente día a una nueva ausencia, vuelta a cancelar de igual modo mediante la enunciación de las fantasías recién formadas. No era posible sustraerse a la impresión de que la alteración psíquica exteriorizada en las ausencias era resultado del estímulo procedente de estas formaciones de fantasía, plenas de afecto en grado sumo (Freud, 1992/1910a, pág. 13).

Posteriormente, en las *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, Freud (1992/1917a, pág. 252) se refiere a este primer momento de sus elaboraciones con Breuer sobre la histeria, y comenta la fórmula en que “la neurosis sería equiparable a una enfermedad traumática y nacería de la incapacidad de tramitar una vivencia teñida de un afecto hiperintenso”. Sin embargo, indica que el tratamiento de Anna, llevó a Breuer a un descubrimiento trascendental:

Gracias a un segundo descubrimiento de Breuer, que me parece todavía de más rico contenido y que él realizó sin colaboración de nadie, aprendemos otra cosa sobre el vínculo entre lo inconsciente y los síntomas neuróticos. El sentido de los síntomas es por regla general inconsciente; pero no sólo eso: existe también una relación de subrogación entre esta condición de inconsciente y la posibilidad de existencia de los síntomas (...) Toda vez que tropezamos con un síntoma tenemos derecho a inferir que existen en el enfermo determinados procesos inconscientes, que, justamente, contienen el sentido del síntoma.

Pero, para que el síntoma se produzca, es preciso también que ese sentido sea inconsciente (Freud, 1992/1917a, pág. 255).

Descarta que los síntomas se formen de procesos conscientes y explica la desaparición del síntoma al llevar a la conciencia los procesos inconscientes; proceso mediante el cual había liberado de sus síntomas a Anna O. Freud (1992/1917a, pág. 256) plantea al hallazgo de Breuer como la base de la terapia psicoanalítica, no sin complicaciones al ensayar su aplicación práctica; explica que el modo de operación de la terapia sería mudar lo inconsciente en consciente y produciría efectos solo cuando se ejecutara dicha mudanza.

Breuer expone que Anna había inventado acertadamente el nombre de “talking cure” (cura de conversación) y en broma la denominaba también como “chimney-sweeping” (limpieza de chimenea) al tratamiento que desarrollaba con él (Freud, 1992/1895, pág. 55). Freud, por su lado, señala que:

Pronto se descubrió como por azar que mediante ese deshollinamiento del alma podía obtenerse algo más que una eliminación pasajera de perturbaciones anímicas siempre recurrentes. También se conseguía hacer desaparecer los síntomas patológicos cuando en la hipnosis se recordaba, con exteriorización de afectos, la ocasión y el asunto a raíz del cual esos síntomas se habían presentado por primera vez (Freud, 1992/1910a, pág. 13).

En el historial se afirma que se removieron por vía de relato los síntomas histéricos, tales como: las parestias por contractura y anestias, las diversas perturbaciones de la visión y la audición, neuralgias, tos, temblores, etc., y por último también las perturbaciones del lenguaje (Freud, 1992/1895, pág. 59).

Laplanche (1985, pág. 18) comenta sobre el caso que, aunque el progreso del tratamiento haya conllevado a una mejor adaptación a la realidad, no es fruto de un proceso correctivo, sino de una dialéctica en la cual las fantasías “se integran” a medida que salen a la luz.

Finalmente, Breuer señala haber colegido a partir del tratamiento de su paciente, la identificación de dos estados de consciencia, el primero caracterizado por la “normalidad” y ubicando como patológico al segundo, que compara con el sueño:

Durante todo el trayecto de la enfermedad subsistieron uno junto al otro los dos estados de consciencia: el primario, en el cual la paciente era por entero normal psíquicamente, y el estado segundo, que bien podemos comparar con el sueño por su riqueza en fantasmas {Phantasme} y alucinaciones, por las grandes lagunas que presentaba su recuerdo, y por el hecho de que sus ocurrencias carecían de inhibición y de control. En ese estado segundo la paciente era alienada. El estado psíquico de la enferma dependía por entero de la

intrusión de ese estado segundo en el estado normal, y esto, a mi parecer, brinda una buena visión sobre la esencia de una variedad, al menos, de psicosis histéricas (Freud, 1992/1895, pág. 68).

Frida Saal (1982, pág. 16) ubica el mérito de Breuer en el tratamiento de Anna O. en la renuncia al uso prepotente de la palabra y más bien orientar su atención hacia el decir de la enferma; resalta los efectos de la restitución, por medio de la escucha del médico, de su propia palabra que por primera vez es escuchada.

Se señalan como ejes fundamentales, que habrían surgido a partir del caso de Anna O. para ulteriores elaboraciones psicoanalíticas, la consideración de la palabra de la paciente como eje de trabajo, tanto en la clínica como en la teoría; así como la existencia de una relación causal entre el síntoma histérico y lo reprimido, a lo que se refiere como “palabra sofocada”; finalmente acota que en la relación terapéutica lo que se pone en juego es un decir y un modo de decir, ubicando a la palabra en un lugar protagónico que hasta entonces había ocupado el síntoma (1982, pág. 17).

El enfoque que se había sostenido en un primer momento en cuanto al tratamiento de los síntomas histéricos, se encaminaba a la curación del trauma, generalmente infantil, a partir de la hipnosis como método para trabajar los recuerdos reprimidos de aquellas vivencias sexuales, como la seducción, que habrían detonado la generación del síntoma histérico. Sin embargo, Freud advierte, después de este primer momento en su elaboración, el carácter fantástico de dichos recuerdos, lo que da lugar a la concepción de la realidad psíquica y da inicio a un nuevo momento en la elaboración freudiana.

#### **1.4.2. Fantasías sexuales en el historial clínico de Dora**

Desde 1897 Freud había asumido una nueva perspectiva sobre la histeria y su tratamiento y advierte el campo de la realidad psíquica, por tanto empezó a ahondar en las fantasías alrededor del origen, en las escenificaciones primarias y el complejo de Edipo.

En las *Palabras preliminares del Fragmento de análisis de un caso de histeria*, escrito en 1901 y publicado en 1905, Freud (1992/1905a, pág. 11) puntualiza sobre los cambios que habría atravesado su técnica desde la publicación de los *Estudios sobre la histeria*; además resalta la importancia de aquel “vuelco radical” en su teoría para la comprensión de la histeria y la intervención con su joven paciente:

Quizás algún lector familiarizado con la técnica de análisis que expuse en *Estudios sobre la histeria* [Breuer y Freud, 1895] se asombrará de que en tres meses no se haya podido obtener la solución definitiva al menos de los síntomas abordados. Pero esto se volverá comprensible si comunico que desde los *Estudios* la técnica psicoanalítica ha

experimentado un vuelco radical. En aquella época, el trabajo partía de los síntomas y se fijaba como meta resolverlos uno tras otro. He abandonado después esta técnica por hallarla totalmente inadecuada a la estructura más fina de la neurosis. Ahora dejo que el enfermo mismo determine el tema del trabajo cotidiano, y entonces parto de la superficie que el inconsciente ofrece a su atención en cada caso (Freud, 1992/1905a, pág. 11).

En aquel texto expone sus elaboraciones a partir del trabajo con una joven a la que denomina “Dora” y sobre la que documenta detalles de su análisis. En cuanto al frecuente síntoma de la tos en la joven, Freud había señalado que “Los ataques de tussis nervosa, que se habían iniciado con un catarro común, perduraron todo el tiempo. Cuando entró en tratamiento conmigo, a los dieciocho años, tosía de nuevo de manera característica” (Freud, 1992/1905a, pág. 21).

Freud (1992/1905a, pág. 42) advierte que el síntoma de la tos se acentuaba durante las acusaciones a su padre, lo que le permite a Freud vislumbrar que el síntoma podría tener un significado relacionado con éste, de acuerdo a una regla que dice haber formulado en cuanto al síntoma:

Según una regla que yo había podido corroborar una y otra vez, pero no me había atrevido a formular con validez universal, un síntoma significa la figuración —realización— de una fantasía de contenido sexual, vale decir, de una situación sexual. Mejor dicho: por lo menos uno de los significados de un síntoma corresponde a la figuración de una fantasía sexual, mientras que los otros significados no están sometidos a esa restricción en su contenido. Pronto se averigua, cuando se emprende el trabajo psicoanalítico, que un síntoma tiene más de un significado y sirve para la figuración de varias ilaciones inconscientes de pensamiento. Y yo agregaría que, a mi entender, una única ilación de pensamiento o fantasía inconsciente difícilmente baste para la producción de un síntoma (Freud, 1992/1905a, pág. 42).

Freud (1992/1905a, pág. 42) interpretó el síntoma de la tos nerviosa como una situación sexual fantaseada y detalla una serie de asociaciones de Dora sobre la relación de la señora K. y su padre, a quien se refiere como un hombre sin recursos. “Esto sólo podía entenderse sexualmente, a saber: que el padre no tenía recursos como hombre, era impotente”.

Después que Dora hubo corroborado esta interpretación por su conocimiento consciente, le expuse la contradicción en que caía cuando, por un lado, insistía en que la relación con la señora K. era un vulgar asunto amoroso y, por el otro, aseveraba que el padre era impotente, y en consecuencia incapaz de sacar partido de semejante relación. Su respuesta mostró que no le hacía falta admitir la contradicción. Bien sabía —dijo— que hay más de una manera de satisfacción sexual. Por lo demás, la fuente de este conocimiento le era de nuevo inhallable. Cuando le pregunté si aludía al uso de otros órganos que los genitales para el

comercio sexual, me dijo que sí; y yo pude proseguir: sin duda pensaba justamente en aquellas partes del cuerpo que en ella se encontraban en estado de irritación (garganta, cavidad bucal) (Freud, 1992/1905a, pág. 42).

Freud concluye que la tos espasmódica de la joven respondía al estímulo de un cosquilleo en la garganta, como representación de una situación de satisfacción sexual entre las dos personas cuyo vínculo amoroso la ocupaba. Freud (1992/1905a, pág. 43) indica, no sin la probabilidad de la recesión espontánea de la enfermedad, que a partir de la aclaración recibida por Dora, su tos había desaparecido.

Se asocia el síntoma con la activación de la boca como zona erógena, a partir de la lactancia y posterior hábito de succión del dedo durante la infancia; “Así, esta fantasía perversa de la succión del pene, desde todo punto de vista chocante, tiene el más inocente origen; es la nueva versión de una impresión que ha de llamarse prehistórica, la de la succión del pecho de la madre” (Freud, 1992/1905a, pág. 47). En el caso de Dora, se señala que su padre habría comunicado que cuando era niña sostenía el hábito de succionar su dedo y que ella misma habría confirmado recordarlo ligeramente; Freud presenta además otra interpretación del síntoma relacionado a la tos de su paciente, y la articula con la Señora K. y la presencia y ausencia de su esposo:

Puede preguntarse cómo se compadece esta situación sexual fantaseada con la otra explicación, a saber, que el advenimiento y desaparición de las manifestaciones patológicas imitaba la presencia y ausencia del hombre amado, lo cual, por tanto, incorporando la conducta de la señora K., expresaba este pensamiento: «Si yo fuera su mujer, lo amaría de manera totalmente diversa; enfermaría (de nostalgia) cuando él partiera de viaje, y sanaría (de contento) cuando regresara a casa». A ello debo responder, según mis experiencias en la solución de síntomas histéricos: No es necesario que los diversos significados de un síntoma sean compatibles entre sí, vale decir, se complementen dentro de una trabazón. Basta con que esta última quede establecida por el tema que ha dado origen a las diversas fantasías (Freud, 1992/1905a, pág. 47).

Después de asociar las escenas que hacía Dora y sus amenazas de suicidio, con la intención de ocupar el lugar de la madre, Freud (1992/1905a, pág. 50) articula el síntoma con “la fantasía referida a una situación sexual que estaba en la base de su tos, ella ocupaba en esa fantasía el lugar de la señora K. Por tanto, se identificaba con las dos mujeres amadas por el padre”.

Y si hemos colegido con acierto la fantasía referida a una situación sexual que estaba en la base de su tos, ella ocupaba en esa fantasía el lugar de la señora K (...) La conclusión resulta obvia: se sentía inclinada hacia su padre en mayor medida de lo que sabía o querría admitir, pues estaba enamorada de él (Freud, 1992/1905a, pág. 50).

Es oportuno resaltar la articulación del síntoma histérico de Dora que, Freud (1992/1905a, pág. 50) señala, se encontraría relacionado con vínculos amorosos inconscientes hacia su padre, por ende da un lugar al deseo edípico; Freud indica haber advertido que tempranamente “se ejerce la atracción sexual entre padres e hijos, y he mostrado que la fábula de Edipo debe entenderse probablemente como la elaboración literaria de lo que hay de típico en esos vínculos”.

Por otro lado, en el artículo de 1908 *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*, en la vía de trabajo sobre el síntoma histérico y la fantasía, Freud (1992/1908b, pág. 141) trata sobre el tema de la escena primaria y las fantasías delirantes de los paranoicos, también denominadas invenciones o creaciones poéticas delirantes; establece que sus contenidos se caracterizan por la grandeza y los padecimientos del yo, y que afloran en lo que Freud describe como formas totalmente típicas, casi monótonas y universalmente conocidas.

Freud señala que son conocidas “las raras escenificaciones bajo las cuales ciertos perversos obtienen su satisfacción sexual —en la idea o en la realidad— (...) formaciones psíquicas en un todo análogas se presentan de manera regular en todas las psiconeurosis, en especial la histeria” (Freud, 1992/1908b, pág. 141); articulando las fantasías y la génesis del síntoma en la histeria.

Desde entonces, en lugar de únicamente dar lectura al síntoma histérico desde el campo de la patología, se considera a las fantasías histéricas desde una perspectiva más próxima al sueño como cumplimiento de deseos; “fuentes comunes y arquetipo normal de todas estas creaciones de la fantasía son los llamados sueños diurnos de los jóvenes” (Freud, 1992/1908b, pág. 141).

Originariamente la acción era una empresa autoerótica pura destinada a ganar placer de un determinado lugar del cuerpo, que llamamos erógeno. Más tarde esa acción se fusionó con una representación-deseo tomada del círculo del amor de objeto y sirvió para realizar de una manera parcial la situación en que aquella fantasía culminaba. Cuando luego la persona renuncia a esta clase de satisfacción masturbatoria y fantaseada, la fantasía misma, de consciente que era, deviene inconsciente. Y si no se introduce otra modalidad de la satisfacción sexual, si la persona permanece en la abstinencia y no consigue sublimar su libido, vale decir, desviar la excitación sexual hacia una meta superior, está dada la condición para que la fantasía inconsciente se refresque, prolifere y se abra paso como síntoma patológico, al menos en una parte de su contenido, con todo el poder del ansia amorosa (Freud, 1992/1908b, pág. 143).

Freud concluye en ese momento que los síntomas histéricos no son más que fantasías inconscientes figuradas mediante conversión; y al ser síntomas somáticos, generalmente estarían relacionados con las mismas sensaciones sexuales en el cuerpo que originalmente acompañaron a las fantasías, en ese momento aún conscientes. Sin embargo, Freud señala un detalle no menos importante; el trabajo en la histeria, más allá del síntoma, ha de enfocarse en las fantasías de las cuales proceden:

La técnica psicoanalítica permite, primero colegir desde los síntomas estas fantasías inconscientes y, luego, hacer que devengan conscientes al enfermo. Y por este camino se ha descubierto que el contenido de las fantasías inconscientes de los histéricos se corresponde en todos sus puntos con las situaciones de satisfacción que los perversos llevan a cabo con conciencia (Freud, 1992/1908b, pág. 143).

## **2. FANTASÍA Y REALIDAD PSÍQUICA**

Se considera importante seguir el recorrido de la noción de fantasía desde la concepción de la teoría del trauma, apuntando a la propuesta de discernir entre realidad material y realidad psíquica, siendo esta última la que da un lugar predominante a las fantasías, como formas de responder a preguntas fundamentales, e incluso en articulación con el intento de cumplimiento de deseo:

### **2.1. Abandono de la teoría de seducción**

En sus textos *De las neuropsicosis de defensa* y *La etiología de la histeria*, ambos fechados en 1896, Freud (1992/1896a, pág. 164) ubica la etiología de la histeria en traumas sexuales; señalaba que no se trataba únicamente de una vivencia sexual, sino que respondía a traumas ocurridos en la niñez temprana, previo a la pubertad, debido a una estimulación genital semejante al coito; además, puntualiza que no son las vivencias mismas las que poseen efecto traumático, sino su reanimación como recuerdo, después que el individuo ha ingresado en la madurez sexual.

Describe el trauma como un factor común en trece casos de pacientes histéricas que había trabajado:

Los traumas infantiles descubiertos por el análisis para estos casos graves debieron calificarse sin excepción como unos serios influjos sexuales nocivos; a veces eran cosas directamente aborrecibles. Entre las personas culpables de esos abusos de tan serias consecuencias aparecen sobre todo niñeras, gobernantas y otro personal de servicio, a quienes son entregados los niños con excesiva desaprensión; están representados además los educadores, con lamentable frecuencia (Freud, 1992/1896a, pág. 165).

Comenta que sería en vano pretender inquirir a un histérico por estos traumas de la infancia fuera del psicoanálisis; puesto que explica que su huella no se descubre en el recordar consciente, sino sólo en los síntomas de la enfermedad (Freud, 1992/1896a, pág. 167).

Freud (1992/1896b, pág. 206) presenta incluso una clasificación en tres grupos de acuerdo al origen de la estimulación sexual. Ubica en el primer grupo a quienes hayan sufrido abusos aislados, las más de las veces perpetrados en niñas por adultos extraños a ellas, que no llegaron a causar daños físicos notables; en tales casos no se contó con la voluntad de los niños, y como secuela inmediata de la vivencia prevaleció el terror.

Un segundo grupo es formado por aquellos casos, mucho más numerosos, en que una persona adulta cuidadora del niño, por ejemplo: una niñera, aya, gobernanta, o incluso un maestro o un pariente próximo, introdujo al niño en el comercio sexual y mantuvo con

él, lo que Freud (1992/1896b, pág. 207) define como una relación amorosa formal, plasmada también en el aspecto anímico, a menudo durante años.

Freud (1992/1896b, pág. 207) determina un tercer grupo al que pertenecen las relaciones infantiles genuinas, vínculos sexuales entre dos niños de sexo diferente, la mayoría de las veces entre hermanos, que a menudo continuaron hasta pasada la pubertad y conllevaron las más persistentes consecuencias para la pareja en cuestión.

Cuando había una relación entre dos niños, en ciertos casos se consiguió probar que el varón —que por cierto desempeña aquí el papel agresivo— había sido seducido antes por una persona adulta del sexo femenino, y luego, bajo la presión de su libido prematuramente despertada y a consecuencia de la compulsión mnémica, buscó repetir en la niñita justamente las mismas prácticas que había aprendido del adulto, sin emprender él mismo una modificación autónoma en la variedad del quehacer sexual. Por lo dicho, me inclino a suponer que sin seducción previa los niños no podrían hallar el camino, hacia unos actos de agresión sexual (Freud, 1992/1896b, pág. 207).

Según la teoría del trauma, se observa que muchas veces no se había experimentado únicamente una de las tres opciones sino un efecto combinado de dos o más; califica a la acumulación de vivencias sexuales de diferente origen de algunos pacientes como algo asombroso (Freud, 1992/1896b, pág. 207).

No es hasta el 21 de septiembre de 1897, en la carta 69 dirigida a Fliess, que Freud renuncia a la teoría de la seducción y afirma “Ya no creo más en mi neurótica”. Expone a su colega los argumentos con que sostiene su aseveración: Los continuos fracasos en el intento de llevar el análisis a lo que Freud denominaba consumación efectiva, además de la deserción de los procesos terapéuticos de quienes durante las sesiones daban cuenta de alguna mejoría y la demora del éxito que se esperaba del proceso, así como la dificultad para explicarse los éxitos parciales dentro del mismo. En segundo lugar, el factor en común que compartían los casos en cuanto a la inculpación del padre como perverso. En tercer lugar, la intelección de que en lo inconsciente no existe un signo de realidad, dando lugar a un conflicto para distinguir la verdad de la ficción investida por afecto. Freud señala la posibilidad de que las fantasías sexuales estén estrechamente vinculadas con el tema de los padres. En cuarto lugar, la reflexión sobre “las psicosis más profundas en que el recuerdo inconsciente no se abre paso, de suerte que el secreto de las vivencias infantiles no se trasluce ni en el delirio {Delirium} más confundido” (Freud, 1992/1950, pág. 302).

Hacia el final de su misiva, Freud (1992/1950, pág. 302) afirma que lo inconsciente nunca supera la resistencia de lo consciente, por tanto se extingue “la expectativa de que en la cura se podría ir en sentido inverso hasta el completo domeñamiento de lo

inconsciente por lo consciente”. Finalmente, Freud concluye con su renuncia a la pretensión de hallar una solución tajante a las neurosis, así como al intento de descubrir su etiología en la infancia; renuncia que dará lugar a un nuevo momento en el trabajo teórico y clínico de Freud.

Sin embargo, desde la carta de 1897 Freud no anuncia públicamente los argumentos de la renuncia a su anterior posicionamiento durante el desarrollo de la teoría acerca de la histeria, hasta la publicación de los *Tres ensayos de teoría sexual* y *Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis*, ambos publicados en 1905, en que aclama la importancia de la teoría de la seducción que dio lugar a su posterior elaboración acerca de la sexualidad infantil.

Freud cuestiona su posición respecto a la realidad y la fantasía, después de haber advertido que, casualmente, muchos de los primeros casos que trató aludían a la teoría de seducción por parte de un adulto o un niño mayor y admite su sobrestimación de las mismas:

Sobrestimé la frecuencia de estos sucesos (los cuales, por otra parte, no pueden ponerse en duda), tanto más cuanto que a la sazón yo no sabía distinguir con certeza entre los espejismos mnémicos de los histéricos acerca de su infancia y las huellas de los hechos reales; desde entonces he aprendido, en cambio, a resolver muchas fantasías de seducción considerándolas como unos intentos por defenderse del recuerdo de la propia práctica sexual (masturbación infantil) (Freud, 1992/1906, pág. 266).

A pesar de que a este período comúnmente suele referirse como “abandono” de la teoría de seducción, se considera importante puntualizar que el punto de vista traumático más allá de ser abandonado, se integra en una concepción que hace intervenir otros factores, como la constitución y la historia infantil (Laplanche, 2004, pág. 450). Posterior a aquel descubrimiento, Freud dice haber concluido que la sexualidad infantil marcaría la dirección de la vida sexual en la madurez y que, por tanto, daba cuenta del error de sus propuestas teóricas iniciales y permitió una nueva concepción del mecanismo de los síntomas histéricos en relación con las fantasías:

Ya no aparecían más como retoños directos de los recuerdos reprimidos de vivencias sexuales infantiles, sino que entre los síntomas y las impresiones infantiles se intercalaban las fantasías (invenciones de recuerdos) de los enfermos, casi siempre producidas en los años de la pubertad. Estas se construían, por un lado, a partir de los recuerdos infantiles, rebasándolos, y por el otro se trasponían directamente en los síntomas (Freud, 1992/1906, pág. 266).

En *Tres ensayos* nuevamente se refiere a su sobrestimación de la influencia de la seducción, que “trata prematuramente al niño como objeto sexual y, en circunstancias que no pueden menos que provocarle fuerte impresión, le enseña a conocer la satisfacción de las zonas genitales; secuela de ello es casi siempre la compulsión a renovarla por vía onanista” (Freud, 1992/1905b, pág. 173).

No puedo conceder que en mi ensayo sobre «La etiología de la histeria» (1896) yo haya sobrestimado su frecuencia o su importancia, si bien es cierto que a la sazón todavía no sabía que individuos que siguieron siendo normales podían haber tenido en su niñez esas mismas vivencias, por lo cual otorgué mayor valor a la seducción que a los factores dados en la constitución y el desarrollo sexuales. Resulta evidente que no se requiere de la seducción para despertar la vida sexual del niño, y que ese despertar puede producirse también en forma espontánea a partir de causas internas (Freud, 1992/1905b, pág. 173).

En *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*, Freud destaca aquel período como un momento importante en el desarrollo de la teoría psicoanalítica, ya que a partir de ese punto es que empieza a enfocarse en la sexualidad infantil, no desde la veracidad de los hechos, sino desde la realidad psíquica; así como en lugar de la hipnosis, como técnica para el tratamiento de la neurosis, pasa a profundizar en la interpretación de los sueños e introducción de la asociación libre.

Si los histéricos reconducen sus síntomas a traumas inventados, he ahí precisamente el hecho nuevo, a saber, que ellos fantasean esas escenas, y la realidad psíquica pide ser apreciada junto a la realidad práctica. Pronto siguió la intelección de que esas fantasías estaban destinadas a encubrir, a embellecer y a promover a una etapa más elevada el ejercicio autoerótico de los primeros años de la infancia. Así, tras esas fantasías, salió al primer plano la vida sexual del niño en todo su alcance. (Freud, 1992/1914a, pág. 17).

En *Presentación autobiográfica*, Freud (1992/1925, pág. 32) resalta el carácter escandaloso de las teorías sobre sexualidad infantil en su época, “significaba una novedad y una contradicción a uno de los más arraigados prejuicios de los seres humanos. En efecto, se consideraba «inocente» a la infancia, exenta de concupiscencias sexuales”.

Se advierte que tales averiguaciones del psicoanálisis habrían generado “un estallido de indignación tan grande, como el aserto de que la función sexual arranca desde el comienzo mismo de la vida y ya en la infancia se exterioriza en importantes fenómenos” (Freud, 1992/1925, pág. 32).

Freud reconoce haberse sentido desconcertado después de advertir que aquellas escenas de seducción no habían ocurrido nunca y eran fantasías urdidas por sus pacientes y que quizás él mismo había instilado; dice haber sentido un golpe en cuanto a su confianza

en su técnica; sin embargo, también reconoce que había obtenido esas escenas por un camino técnico que consideraba acertado, y su contenido presentaba un nexo inequívoco con los síntomas de los que había partido su indagación. Indica que, al sosegarse, había advertido que los síntomas neuróticos no se anudaban de manera directa a vivencias efectivamente reales, sino a fantasías de deseo, y que para la neurosis valía más la realidad psíquica que la material (Freud, 1992/1925, pág. 33).

Explica la importancia de este período en el desarrollo de la teoría psicoanalítica, como antecedente al complejo de Edipo:

Tampoco creo hoy que yo instilara, «sugiriera», a mis pacientes aquellas fantasías de seducción. En ellas me topé por vez primera con el complejo de Edipo, destinado a cobrar más tarde una significación tan eminente, pero al que todavía no supe discernir en ese disfraz fantástico. Por lo demás, la seducción en la infancia conserva su parte en la etiología, aunque en escala más modesta. Empero, los seductores eran las más de las veces niños mayores (Freud, 1992/1925, pág. 33).

Finalmente, en su trabajo *Sobre la sexualidad femenina* (1931), Freud (1992/1931, pág. 239) expone una particularidad advertida en su clínica, en que la niña llegaría a inculpar a la madre como seductora, puesto que a través de sus cuidados durante la primera infancia, pudo haber generado el registro de las primeras sensaciones genitales, o al menos las más intensas, a raíz de los manejos de la limpieza y el cuidado del cuerpo realizados por la madre o la persona encargada de la crianza.

A mí juicio, el hecho de que de ese modo la madre inevitablemente despierta en su hija la fase fálica es el responsable de que en las fantasías de años posteriores el padre aparezca tan regularmente como el seductor sexual. Al tiempo que se cumple el extrañamiento respecto de la madre, se trasfiere al padre la introducción en la vida sexual (Freud, 1992/1931, págs. 239-240).

## **2.2. Realidad psíquica**

Hacia 1910, en *Un recuerdo de infancia de Leonardo da Vinci*, Freud (1992/1910b, pág. 78) señala que con frecuencia los recuerdos infantiles no son fijados por una vivencia y repetidos desde ella, como los recuerdos conscientes de la madurez, sino que son recolectados, y así alterados, falseados, puestos al servicio de tendencias más tardías, en una época posterior. Al terminar la infancia, señala las dificultades de diferenciar con rigor entre recuerdos y fantasías.

A lo largo de la teoría freudiana, se advierte la evolución de distintas nociones y conceptos, así como de las intervenciones clínicas a partir de una teoría que empezaba a

desarrollarse en función del tratamiento, principalmente, de la histeria. Sin embargo, Laplanche considera demasiado esquemática la creencia de que Freud habría abandonado su primera concepción que buscaba la etiología de la neurosis en los traumatismos infantiles, substituyéndola por otra que toma a la fantasía como precursor del síntoma. En efecto, el mundo de la fantasía aparece desde un principio en psicoanálisis como dotado de una consistencia, una organización y una eficacia que queda bien expresada por el término realidad psíquica (Laplanche, 2004, pág. 144).

Durante los años 1907-1909, en que el tema de la fantasía suscita la realización de numerosos trabajos, reconociéndose plenamente su eficacia inconsciente, por ejemplo, como subyacente al ataque histérico que lo simboliza, Freud se dedica a sacar a la luz secuencias típicas, guiones imaginarios (novela familiar) o construcciones teóricas (teorías sexuales infantiles) por medio de las cuales el neurótico y quizá también «todo hijo de los hombres» intenta responder a los grandes enigmas de su existencia (Laplanche, 2004, pág. 144).

En *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*, Freud (1992/1911, pág. 230) indica como un error la valoración de la realidad objetiva en cuanto a formaciones psíquicas como las fantasías o los recuerdos que han devenido inconscientes ya que, por ejemplo, podría llegarse a menospreciar a las fantasías respecto de la formación de síntoma, por cuanto justamente no son realidades efectivas, o derivar de alguna otra parte un sentimiento de culpa neurótico porque en la realidad efectiva no pueda demostrarse que se cometió un delito.

En la *23ª conferencia de introducción al psicoanálisis sobre Los caminos de la formación del síntoma*, parte de la afirmación de que “por el análisis de los síntomas tomamos conocimiento de las vivencias infantiles en que la libido está fijada y desde las cuales se crean los síntomas” (Freud, 1992/1917b, pág. 334) y añade que:

“Lo sorprendente reside en que estas escenas infantiles no siempre son verdaderas. Más aún: en la mayoría de los casos no lo son, y en algunos están en oposición directa a la verdad histórica. Ya ven ustedes: este descubrimiento es más apto que cualquier otro para desacreditar al análisis, que nos ha llevado hasta él, o bien a los enfermos, sobre cuyas manifestaciones se construye el análisis así como toda la comprensión de las neurosis (Freud, 1992/1917b, pág. 334).

Freud (1992/1917b, págs. 334-335) plantea la intelección de que si, por un lado, las vivencias infantiles que el análisis saca a la luz fueran reales en todos los casos, tendríamos la sensación de movernos en terreno seguro; pero si por regla general estuvieran falseadas, si se revelaran como inventos, como fantasías de los enfermos, tendríamos que abandonar este suelo movedizo y ponernos a salvo en otro. Sin embargo,

concluye que no se trata ni de lo verdadero o lo falso, sino que las vivencias infantiles que se construyen o se recuerdan en el análisis, son unas veces irrefutablemente falsas, otras veces son con certeza verdaderas, y en la mayoría de los casos, una mezcla de verdad y falsedad.

Los recuerdos infantiles aislados que, desde siempre y antes de todo análisis, los hombres han llevado en su interior con conciencia pueden estar igualmente falseados o, al menos, mezclar mucho lo verdadero con lo falso. En estos casos no es difícil probar la falsedad, y ello nos proporciona al menos la tranquilidad de que el culpable de este inesperado desengaño no es el análisis, sino que de alguna manera lo son los enfermos. Tras breve reflexión comprendemos con facilidad lo que tanto nos confunde en este estado de cosas. Es el menosprecio por la realidad, el descuido por la diferencia entre ella y la fantasía (Freud, 1992/1917b, pág. 334).

Freud (1992/1917b, pág. 335) observa la inclinación a sentir como una ofensa el hecho de que los enfermos nos hayan ocupado con unas historias inventadas, puesto que se aprecia de forma diversa la realidad y la invención. Asimismo, indica que hacerle conocer al enfermo la condición de sus vivencias infantiles no podría lograrse sin dificultades:

Si de entrada le revelamos que está a punto de traer a la luz las fantasías con que ha encubierto su historia infantil, que son como las sagas que los pueblos crean acerca de su historia olvidada, notamos contrariados que desaparece repentinamente su interés por continuar el tema. También él quiere conocer realidades y desprecia todas las «imaginaciones». Pero si hasta finiquitar esta parte del trabajo le hacemos creer que nos dedicamos a explorar los hechos reales de su infancia, corremos el riesgo de que más tarde nos reproche habernos equivocado y se ría de nuestra aparente credulidad (Freud, 1992/1917b, pág. 335).

Freud (1992/1917b, pág. 336) dice reconocer como la única actitud correcta frente a tales producciones, sería equiparar fantasía y realidad, y no ocuparse al comienzo por saber si esas vivencias infantiles que han de explicarse son lo uno o lo otro, porque aquellas tienen una suerte de realidad. Además, menciona la importancia de no endilgar el análisis en el camino de la búsqueda de la veracidad de lo dicho por el sujeto. Señala que en principio podría resultar difícil de comprender el propósito de no preocuparse de si aquellas vivencias infantiles se ubican del lado de lo real o de la ficción, pero indica que dichas fantasías poseen una suerte de realidad, el que el sujeto se haya ocupado de ellas; por lo que no considera fundamental para su neurosis si vivenció en la realidad práctica el contenido de las mismas. Al establecer que las fantasías poseen una realidad a veces

opuesta a la material, Freud promueve la comprensión de que en el mundo de las neurosis la realidad psíquica es la decisiva.

Al preguntarse por el significado de la realidad psíquica para Freud, Laplanche (1985, pág. 23) plantea que a menudo podría tratarse de la realidad de nuestros pensamientos de nuestro mundo personal, una realidad tan válida como la del mundo material y cuya eficacia es crucial en cuanto a los fenómenos neuróticos. Si se trata de oponer la realidad de los fenómenos psicológicos a la "realidad material", la "realidad de pensamiento" a la "realidad externa", es lícito decir que nos movemos en lo imaginario, en lo subjetivo, pero lo subjetivo es nuestro objeto.

Freud exalta la importancia de aquella actividad del espíritu llamada fantasía; partiendo del interrogante sobre la función de la misma; Freud señala que no son pocas las presiones que recaen sobre el hombre, en cuanto a la obediencia al principio de realidad, por influencias exteriores, proceso en que suele renunciarse de manera transitoria o definitiva a diversos objetos y metas de la aspiración de placer; dada la dificultad de la renuncia al placer, Freud indica que se lleva a cabo con un tipo de resarcimiento, una forma de supervivencia a las vías de ganancia de placer, que las emancipa del examen de realidad (Freud, 1992/1917b, pág. 339).

Toda aspiración alcanza enseguida la forma de una representación de cumplimiento; no hay ninguna duda de que el demorarse en los cumplimientos de deseo de la fantasía trae consigo una satisfacción, aunque el saber de que no se trata de una realidad permanezca intacto. Por tanto, en la actividad de la fantasía el hombre sigue gozando de la libertad respecto de la compulsión exterior, esa libertad a la que hace mucho renunció en la realidad (Freud, 1992/1917b, pág. 339).

Freud compara lo relativo a la fantasía, en cuanto a lo que se resiste a la renuncia por exigencias de la realidad, con reservas o parques naturales:

La creación del reino de la fantasía dentro del alma halla su cabal correspondiente en la institución de «parques naturales», de «reservas», allí donde los reclamos de la agricultura, el comercio y la industria amenazan alterar velozmente la faz originaria de la Tierra hasta volverla irreconocible. El parque natural conserva ese antiguo estado que en todos los otros lugares se sacrificó, con pena, a la necesidad objetiva (Freud, 1992/1917b, pág. 339).

En la metáfora planteada por Freud, lo que concierne a la fantasía, tal como aquello que se encuentra en el parque natural, tiene ahí un lugar en que se autoriza a “pulular y crecer todo lo que quiera hacerlo, aun lo inútil, hasta lo dañino. Una reserva así, sustraída del principio de realidad, es también en el alma el reino de la fantasía” (Freud, 1992/1917b, pág. 339).

Laplanche (1985, pág. 20) intenta explicar que para Freud el mundo de las fantasías parece ubicarse entre lo subjetivo y lo objetivo, entre un mundo interno que tiende a la satisfacción por la ilusión y un mundo externo que impone al sujeto el principio de realidad.

El inconsciente aparece entonces como el heredero del que en un principio fue el único mundo del sujeto, en el que sólo regía el principio de placer. El mundo de las fantasías es como las "reservas naturales" que crean las naciones civilizadas para perpetuar en ellas el estado natural (Laplanche, 1985, pág. 20).

En la última de las *Cinco conferencias sobre el psicoanálisis* (1910), Freud señala que "con el descubrimiento de la sexualidad infantil y la reconducción de los síntomas neuróticos a componentes pulsionales eróticos hemos obtenido algunas inesperadas fórmulas sobre la esencia y las tendencias de las neurosis" (Freud, 1992/1910a, pág. 45).

Se señala que los seres humanos enferman cuando por obstáculos externos o defectos internos de adaptación se les deniega la satisfacción de sus necesidades eróticas en la realidad, por lo que la enfermedad jugaría de refugio para hallar una satisfacción sustitutiva de lo denegado. Para lidiar con la insatisfacción de la realidad, Freud (1992/1910a, págs. 45-46) se aproxima al cumplimiento de deseos a través de las fantasías; cuando sobreviene el extrañamiento de la realidad, el individuo habrá de retirarse a su mundo de fantasía, que le procura satisfacción y cuyo contenido, en caso de enfermar, transpone en síntomas.

Se presenta la realidad efectiva como límite al cumplimiento de deseo, y a la fantasía como una vía para contrarrestar aquella insatisfacción frente a lo que denomina Freud como "carencias de la realidad":

Advertirán que nosotros, los hombres, con las elevadas exigencias de nuestra cultura y bajo la presión de nuestras represiones internas, hallamos universalmente insatisfactoria la realidad, y por eso mantenemos una vida de la fantasía en la que nos gusta compensar, mediante unas producciones de cumplimiento de deseos, las carencias de la realidad. En estas fantasías se contiene mucho de la genuina naturaleza constitucional de la personalidad, y también de sus mociones reprimidas (desalojadas) de la realidad efectiva. El hombre enérgico y exitoso es el que consigue trasponer mediante el trabajo sus fantasías de deseo en realidad (Freud, 1992/1910a, pág. 46).

Freud (1992/1910a, pág. 46) describe que cuando la persona enemistada con la realidad posee lo que él determina como el "talento artístico", que admite constituye aún un enigma psicológico, puede trasponer sus fantasías en creaciones artísticas en lugar de hacerlo únicamente en la vía del síntoma; lo que le permitiría escapar al destino de la neurosis y recuperar de esta forma su vínculo con la realidad.

Posteriormente, en su artículo sobre *La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis* (1924), Freud (1992/1924, pág. 226) presenta como una tendencia general del aparato anímico, asociado a un principio económico, el aferrarse a las fuentes de placer y la dificultad de renunciar a ellas.

Al establecerse el principio de realidad, una clase de actividad del pensar se escindió; ella se mantuvo apartada del examen de realidad y permaneció sometida únicamente al principio de placer. Es el *fantasear*, que empieza ya con el juego de los niños y más tarde, proseguido como sueños diurnos, abandona el apuntalamiento en objetos reales (Freud, 1992/1924, págs. 226-227).

### **2.3. Fantasías y recuerdos encubridores**

Freud da noticia sobre la formación de recuerdos reconstruidos ficticiamente por el sujeto desde sucesos reales o fantasmas; que no por ello tienen menos valor de recuerdos de lo real, puesto que el psicoanálisis es una doctrina de la reconstrucción ficticia de la vida libidinal (Chemama, 1998, pág. 376).

Laplanche por su parte explica sobre este tipo de recuerdo de la infancia:

Se caracteriza a la vez por su singular nitidez y la aparente insignificancia de su contenido. Su análisis conduce al descubrimiento de experiencias infantiles importantes y de fantasías inconscientes. Al igual que el síntoma, el recuerdo encubridor constituye una formación de compromiso entre los elementos reprimidos y la defensa (Laplanche, 2004, pág. 354).

En su trabajo *Sobre los recuerdos encubridores* (1899), Freud señala que en los tratamientos psicoanalíticos que había dirigido, con frecuencia había tenido que ocuparse de “fragmentos de recuerdos que al individuo le han quedado en la memoria desde los primeros años de su niñez” (Freud, 1992/1899, pág. 297).

Se indica que eventos que nunca acontecieron tienden a colarse, de contrabando, entre los recuerdos. Cada una de estas fantasías sofocadas tiene la tendencia a tomar el desvío de una escena infantil; lo que se consigue puesto que ahí parece haber una huella mnémica cuyo contenido ofrece puntos de contacto con la fantasía (Freud, 1992/1899, pág. 311).

Freud (Freud, 1992/1899, págs. 314-315) resalta que aquellos recuerdos infantiles de vivencias importantes no han sido inventados libremente, sino que han sido falseados; y eso falso radica en que trasladan una situación a un lugar donde no sucedió, fusionan o permutan entre sí a ciertas personas, o se las discierne finalmente como una composición de dos vivencias separadas. Una indagación más profunda muestra, más bien, que tales

falseamientos mnémicos son tendenciosos, es decir, que sirven a los fines de la represión y sustitución de impresiones chocantes o desagradables.

Al reducir el abismo entre recuerdos encubridores y recuerdos de la infancia, señala Freud (1992/1899, pág. 315) que podrían ser recuerdos conscientes *de* la infancia, y no meramente unos recuerdos *sobre* la infancia.

Nuestros recuerdos de la infancia nos muestran los primeros años de vida no como fueron, sino como han aparecido en tiempos posteriores de despertar. En estos tiempos del despertar, los recuerdos de infancia no afloraron, como se suele decir, sino que en ese momento fueron formados; y una serie de motivos, a los que es ajeno el propósito de la fidelidad histórico- vivencial, han influido sobre esa formación así como sobre la selección de los recuerdos (Freud, 1992/1899, pág. 315).

Braunstein descalifica el saber de si la memoria de la infancia es la correcta reproducción mental de un acontecimiento realmente sucedido; apunta que lo que nos atrae es saber que el relato que se recoge es una creación de la fantasía, su verdad no es histórica y es directamente proporcional a la distorsión (propia y ajena) que se ha inyectado al acontecimiento (Braunstein, 2008, pág. 25).

A partir de la frase “la memoria empieza en el terror” de Julio Cortázar, Braunstein (2008, pág. 25) retoma lo propuesto por Freud en cuanto a los recuerdos encubridores, apuntando al carácter de ser vistas como una cortina de impresiones hipernítidas y que, cuando esas grabaciones son analizadas resultan no ser recuerdos de acontecimientos vividos sino fantasías obturadoras, calmantes, aplacadoras del traumatismo de ese primer encuentro con el espanto que menciona Cortázar.

Si la memoria, como dice Cortázar, comienza con el espanto, es el mismo espanto el que da lugar a esa defensa que niega el recuerdo tapándolo con el piadoso manto del olvido o... con poéticos y mistificadores recuerdos infantiles (Braunstein, 2008, pág. 37).

Braunstein (2008, pág. 40) sostiene que para Freud, “tanto el recuerdo como el olvido de episodios de la propia vida están motivados, responden a un principio de causalidad y de múltiple determinación. Uno y otro, recuerdo y olvido, no son registros o pérdidas mecánicas y tampoco podrían ser totales”.

Indica que la memoria freudiana tiene tres caras, puesto que además de la memoria y el olvido, contempla la represión, es decir, el funcionamiento del inconsciente decidiendo qué, cómo y cuánto se recordará y se olvidará (Braunstein, 2008, pág. 40).

La memoria freudiana es infiel a la verdad histórica, a la crónica de los acontecimientos “reales”. Actúa, no como un pretendido “periodista objetivo” –que, bien sabemos, no existe-

, sino distorsionando los recuerdos y mezclándolos con fantasías, con novelas familiares y con mitos individuales (Braunstein, 2008, pág. 40).

Braunstein (2008, pág. 43) concluye que la memoria autobiográfica, como variedad mnémica, se ve infiltrada por el trabajo de la fantasía que hace de la verdad ficción y de la ficción instrumento de la verdad.

El recuerdo se convierte en herramienta para la investigación de las fantasías recónditas y para la exploración del inconsciente. En rigor, sostenía Freud, no cabe diferenciar estos recuerdos falseados de las fantasías. Nada de extraño en esto; todos “recordamos” relatos, obras de la imaginación: la nuestra y la ajena. Nadamos en un mar de historias, las que inventamos y las que otros inventan para nosotros (Braunstein, 2008, pág. 45).

#### **2.4. Ficción en el análisis**

Dylan Evans (1997, pág. 90) señala que el origen del psicoanálisis está vinculado al reconocimiento por Freud en 1897 de que los recuerdos de seducción son a veces producto del fantasma, y no huellas de un abuso sexual real. Además, indica una postura crítica respecto del “abandono de la teoría de la seducción”, al comentar que aquello podría sugerir que el fantasma se opone a la realidad, que impide percibirla de modo correcto, que es un producto puramente ilusorio de la imaginación. Sin embargo, esa concepción del fantasma es insostenible en la teoría psicoanalítica, puesto que no se considera que la realidad sea un dato no problemático que sólo cabe percibir de un único modo objetivamente correcto para el psicoanálisis, la realidad en sí misma es construida discursivamente.

El cambio de idea de Freud en 1987 no significa negar la veracidad de todos los recuerdos de abuso sexual, sino el descubrimiento de la naturaleza fundamentalmente discursiva e imaginativa de la memoria; los recuerdos de acontecimientos pasados reciben continuamente nuevas formas en concordancia con los deseos inconscientes, al punto de que los síntomas no se originan en supuestos “hechos objetivos” sino en una dialéctica compleja, en la cual el fantasma desempeña un papel vital. De modo que Freud emplea el término “fantasma” para designar una escena que se presenta a la imaginación y que dramatiza un deseo inconsciente. El sujeto invariablemente desempeña un papel en esta escena, incluso cuando esto no sea evidente. La escena fantasmaticada puede ser consciente o inconsciente. Cuando es inconsciente, el analista debe reconstruirla sobre la base de indicios (Evans, 1997, pág. 90).

Dylan Evans (1997, pág. 90) apunta al enfoque lacaniano que más allá de la propuesta de Freud de la fantasía como guion que escenifica el deseo, apunta hacia su función protectora; compara la escena fantasmaticada con la imagen detenida sobre una pantalla cinematográfica. Así como es posible detener la película en un cierto punto para

evitar una escena traumática que viene a continuación, también la escena fantasmaticada es una defensa que vela la castración. El fantasma, para Lacan, se caracteriza entonces por una cualidad fija e inmóvil.

En cuanto al trauma, en el marco de la elaboración psicoanalítica, resulta complejo atribuirle un valor demasiado grande a lo que concierne al orden del acontecimiento. Los acontecimientos, sexuales o no, son siempre reelaborados por el sujeto, integrados al saber inconsciente (Chemama, 1998, pág. 444).

Sería más justo decir que el sujeto, en tanto tal, sufre en efecto un trauma: un trauma constitutivo, que es la existencia misma del lenguaje, puesto que, desde que habla, no tiene un acceso directo al objeto de su deseo, debe comprometerse en la demanda y se ve reducido finalmente a hacer pasar su goce a través del lenguaje mismo (Chemama, 1998, pág. 444).

Se advierte que, en la experiencia del psicoanálisis, para la construcción de un relato participa la ficción, “el trabajo del analizante consiste en construir una historia, la suya, con los anudamientos propios de una historia, sin olvidar que la historia participa de la novela –novela familiar dijo Freud, mito individual del neurótico, dijo Lacan– digamos que participa de la ficción” (Soler, 2007, pág. 55).

Por su parte, Braunstein en *Ficcionario de Psicoanálisis*, sostiene que en análisis se trabaja un relato más o menos coherente y plausible de la propia vida, siguiendo la compulsión historizadora que caracteriza al Yo. Señala que la literatura, el periodismo escrito y el virtual y la industria editorial cumplen con la eminente función de confirmar la “realidad” que ellos mismos conforman (Braunstein, 2001, pág. 160). Por otro lado, se cuenta con la realidad psíquica, de la que se ocupa el psicoanálisis, a partir de aquello que Freud había planteado a Fliess en la *Carta 69*, al haber llegado a “la intelección cierta de que en lo inconsciente no existe un signo de realidad, de suerte que no se puede distinguir la verdad de la ficción investida con afecto” (Freud, 1992/1950, pág. 302).

Al articular la memoria con lo que se dice en la experiencia analítica, Braunstein (2001, pág. 7) puntualiza una distinción entre recuerdos de la infancia y recuerdos sobre la infancia. Indica que la memoria se construye sobre una mezcla de cosas vistas y oídas, ensambladas con el pegamento de la fantasía para encontrar en el pasado las justificaciones de nuestro presente y creer que son vaticinios del porvenir.

Los recuerdos son escrituras interiores, jeroglíficos más o menos descifrables que conservan las claves de nuestra subjetividad aunque su sentido nunca es transparente. Algunos, los más, quizás todos los poetas y novelistas los usan como materia prima de una nueva escritura en la que nunca pueden desbrozarse con claridad los campos de la verdad

histórica y de la ficción. El analizante, ante su psicoanalista, alejado de toda imagen especular de sí mismo, hablando en dirección a unos muebles que ve desde su diván, escribe como en una página en blanco esa memoria y los efectos de esa memoria (Braunstein, Ficcionario de Psicoanálisis, 2001, pág. 7).

Dado que el psicoanálisis no se ocupa de la indagación sobre la verdad de los hechos que el analizante expone como relato objetivo de una experiencia vivida, se considera como una ficción, novela familiar, mito individual que el sujeto que se creía autor de un discurso que representaba su verdad ante los otros, identificado con la imagen de sí mismo en el espejismo del yo, queda desenmascarado como un simulador y da lugar a la elaboración a partir de aquellas ficciones (Braunstein, 1982, pág. 166). A lo que puede añadirse lo expuesto por Chemama (1998, págs. 253-254) sobre el análisis como una lectura, las producciones del inconsciente se prestan a ésta y el psicoanalista lee de una manera distinta en lo que dice el analizante con cierta intención.

Braunstein (1982, pág. 168) indica que el analizante elabora un discurso que como todo discurso, tanto hablado como escrito, está organizado desde el lugar imaginario del que escucha. Aquello que dirige a la escucha del Otro implica la disimulación y la ficción como posibilidad, lo que lleva a Braunstein (1982, pág. 168) a establecer la confirmación de la verdad elemental de que es el otro donde se realiza la materialidad del decir:

El ejemplo más radiante de esta verdad es el de la técnica de la narración de un cuento o de un chiste. Así habla el analizando. No desde una pretendida interioridad del sí mismo, sino desde una situación en la que aspira a hacerse reconocer especularmente por el otro, por el alocutario, convertido en juez de la llegada a la meta de su decir. Y habla; habla a un interlocutor silencioso a quien no puede ver, de quien es poco lo que sabe o lo que debería saber, a otro desconocido y taciturno (Braunstein, 1982, pág. 168)

Acerca de lo real de la ficción, Eidelsztein (2011, pág. 22) en su artículo *La teoría de las ficciones o la ficción en el sentido más verídico*, explica que desde la perspectiva de Lacan, no se considera a la pulsión como un mito, como sostenía Freud, sino como una ficción, tan real como la verdad misma.

Eidelsztein menciona además, a propósito de la elaboración de las ficciones de Lacan, que desde las distintas lecturas del psicoanálisis, se tienden a “confundir las ficciones con el registro de lo imaginario. Pero, y esto es lo que queremos destacar, para Lacan las ficciones no coinciden en absoluto con lo imaginario, ellas se caracterizan por ser reales” (Eidelsztein, 2011, pág. 22).

Acerca del trabajo en análisis de rehacerse una historia, anclada en lo real pero también atravesada por lo ficticio, Soler comenta:

En un psicoanálisis uno se rehace una ficción. El problema es saber qué es lo que no es ficticio, lo no arreglable, es decir lo no reinterpretable. Rehacerse una historia es reinterpretarla, es darle otro sentido. (...) Hay entonces en una historia puntos de anclaje de lo real. Sin embargo, en gran parte ella es ficticia, consiste en re elucubrar la historia. ¿A dónde conduce esta elucubración? Se sabe que finalmente se centra en algo bastante bien limitado, muy pobre, propio de cada sujeto, que es su escenario de origen, su ficción fundamental (Soler, 2007, pág. 55).

Al ahondar en la ficción fundamental, Soler (2007, pág. 55) se refiere al fantasma, que fija lo real, y señala que “Lacan hace un juego de escritura y homofonía entre ficción y fijado (fiction y fixé) ¿Qué real fija? Fija lo real en juego en el encuentro. El encuentro no es simple, es a la vez encuentro con el Otro, con el enigma de su deseo”.

Braunstein (1982, pág. 182) presenta al inconsciente como el poeta que reside en cada ser hablante, y considera que una prueba de ello es el sueño que, en la experiencia psicoanalítica, se descifra, pero no como si estuviera el sueño en espera a que se le descubra, sino como una abertura a múltiples sentidos que se abalanzan sobre lo dicho en el análisis bajo la consigna del  *diga todo*.

### **3. SOBRE LAS FANTASÍAS**

Braunstein (1982, pág. 171) señala en *Lingüística*, que “el sujeto, psicoanalíticamente hablando, no tiene origen. Antes de nacer a la vida, antes de hablar, antes de la fecundación, es ya el objeto del discurso, del deseo y de la fantasía de los otros”. Sin embargo, la pregunta sobre el origen constituye una particular fuente de inquietudes durante la infancia que se articulan con producciones de la fantasía como la escena primaria, la seducción y la castración, que parecen intentar dar respuesta, en el orden de la actividad fantaseadora, a esa pregunta. A estas fantasías Freud las define como primordiales:

La observación del comercio amoroso entre los padres es una pieza que rara vez se echa de menos en el tesoro de fantasías inconscientes que el análisis puede descubrir en todos los neuróticos, y con probabilidad en todos los seres humanos. Llamo a estas formaciones de la fantasía, la de la observación del comercio sexual entre los padres, la de la seducción, la castración y otras, fantasías primordiales (Freud, 1992/1915b, págs. 268-269).

Freud señaló en su trabajo sobre la *Historia de una neurosis infantil en el caso del Hombre de los lobos (1918)*, que resulta común que el niño eche mano de ciertas fantasías cuando su propio vivenciar no basta; como si se llenaran las lagunas de la verdad individual con una prehistórica. Además expone que las escenas de observación del comercio sexual entre los padres, seducción en la infancia y amenaza de castración son un patrimonio de la fantasía al que define como filogenética; sin embargo, señala la posibilidad de que podrían también ser adquisición del vivenciar individual (Freud, 1992/1918, pág. 89).

Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis (1985, págs. 61-62) ahondan en el estudio de la fantasía en la obra de Freud, en su libro *Fantasía originaria, fantasía de los orígenes, origen de la fantasía*, publicado en 1985, en que se señala que por su contenido y por su temática, las fantasías que se refieren a los orígenes (escena primaria, castración, seducción), presentan similitudes con los mitos, ya que pretenden brindar una representación y una “solución” a los que para el niño son enigmas fundamentales; dramatizan momentos de aparición u origen de una historia, algo que se presenta ante el sujeto como una realidad de naturaleza tal que exige una explicación, una “teoría”.

#### **3.1. Fantasías sobre el origen de la sexualidad**

##### **3.1.1. Seducción**

La teoría de la seducción como parte de la etiología de la histeria que, como se ha mencionado anteriormente, ocupó el primer momento del trabajo de Freud acerca del tema, daba cuenta de una escena de aproximación a lo sexual, generalmente incitada por un

adulto y vivida pasivamente por el niño. Freud indica que aquello no significa únicamente que el sujeto haya sostenido un comportamiento pasivo durante la escena, sino también que la sufre sin que provoque en él una respuesta, sin que despierte representaciones sexuales: el estado de pasividad es correlativo con una no preparación; la seducción produce un “susto sexual” (Laplanche, 2004, pág. 394).

A partir de lo que enuncia en la carta 69 a Fliess, en septiembre de 1897, renuncia a ella y da lugar a la concepción de la seducción como fantasías relacionadas con la sexualidad. “Freud descubre que las escenas de seducción son, en ocasiones, el producto de reconstrucciones fantasmáticas, descubrimiento que es correlativo con el develamiento progresivo de la sexualidad infantil” (Laplanche, 2004, pág. 395).

Se observa que, como se había detallado en la explicación sobre la teoría del trauma, la escena de seducción precoz supone una acción traumática en dos tiempos: el episodio displacentero habría ocurrido generalmente en la infancia, pero sólo cuando es reactivado en el *apres-coup*, en la pubertad, se muestra realmente patógeno (Chemama, 1998, pág. 443).

Freud abandonaría, sin embargo, la teoría de la seducción precoz. Ante los relatos demasiado sistemáticos de sus pacientes, especialmente las histéricas, entró a tener dudas, y poco a poco se le impuso la idea de que el episodio sexual invocado no había ocurrido realmente, que de hecho pertenecía a la esfera del fantasma. La teoría de la sexualidad infantil, a la que se vio entonces llevado, volvió caduca la idea de un niño introducido a la sexualidad desde el exterior, víctima únicamente de la perversidad de los adultos (Chemama, 1998, págs. 443-444).

Chemama (1998, pág. 34) indica que desde sus primeras obras, Freud destaca que experiencias vividas sin efecto inmediato notable pueden tomar un sentido nuevo desde que son organizadas y reinscritas ulteriormente en el psiquismo; partiendo de esa concepción, una escena vivida precozmente en forma neutra podrá tener valor de trauma cuando un segundo acontecimiento, vivido después de la pubertad, le dé a aquella primera escena un sentido que desencadene un afecto sexual displacentero.

Freud expone que el abandono de la teoría del trauma como causa esencial de la neurosis no suprime la importancia de la noción de *apres-coup*, sino todo lo contrario. Ya que, aunque hay una sexualidad infantil, el niño no dispone al comienzo de su percepción definitiva del registro sexual (Chemama, 1998, pág. 34).

El término *apres-coup* puede tener el valor tanto de sustantivo como de adjetivo o de adverbio. Conviene considerarlo como un concepto, y como un concepto no despreciable. Ya que, efectivamente, aparta de una concepción ingenua del psicoanálisis según la cual

siempre lo históricamente anterior determinaría lo que es ulterior. Fenómenos como los recuerdos encubridores, recuerdos precoces siempre reinterpretados a partir del fantasma, muestran claramente que no es así (Chemama, 1998, pág. 34).

Se advierte que al sufrir el yo, en el segundo tiempo una agresión, un aflujo de excitación endógena, lo que resultaría traumatizante es el recuerdo y no el acontecimiento mismo. En este sentido el recuerdo adquiere ya en esta teoría el valor de realidad psíquica, que más tarde se considerará inherente a la fantasía (Laplanche, 2004, pág. 396).

Freud (1992/1917b, pág. 337), en la Conferencia 23, señala el particular interés que genera la fantasía de seducción, indicando que podría deberse a que a menudo no se trata de una fantasía, sino de un recuerdo real. No obstante, apunta que la frecuencia podría no ser tan alta como lo sugerían los primeros resultados de su práctica clínica:

La seducción por niños mayores o de la misma edad es, con mucho, más frecuente que la seducción por adultos, y si en el caso de las niñas que acusan este hecho en su historia infantil el padre aparece con bastante regularidad como el seductor, no son dudosos ni la naturaleza fantástica de esta inculpación ni el motivo que constriñe a ella. Con la fantasía de la seducción, cuando no la ha habido, el niño encubre (deckent) por regla general el período autoerótico de su quehacer sexual. Se ahorra la vergüenza de la masturbación fantaseando retrospectivamente, para estas épocas más tempranas, un objeto anhelado (Freud, 1992/1917b, pág. 337).

Sin embargo, Freud (1992/1917b, pág. 337) advierte que si bien las fantasías de seducción no siempre se remontan a experiencias reales, tampoco se debe asumir que todos los abusos sexuales cometidos durante la infancia por parientes masculinos más próximos pertenecen por entero al reino de la fantasía. Por otro lado, expone una noción sobre verdad individual y verdad histórica, en relación con las fantasías del niño, indica que observa la posibilidad de que aquello que se dice en el análisis como fantasía estuvo en algún momento en el campo de la realidad:

Me parece muy posible que todo lo que hoy nos es contado en el análisis como fantasía — la seducción infantil, la excitación sexual encendida por la observación del coito entre los padres, la amenaza de castración (o, más bien, la castración)— fue una vez realidad en los tiempos originarios de la familia humana, y que el niño fantaseador no ha hecho más que llenar las lagunas de la verdad individual con una verdad prehistórica (Freud, 1992/1917b, pág. 338).

Freud ahonda sobre el interés por la diferenciación entre la realidad de los hechos de seducción y la realidad psíquica, en la *33° de las Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis sobre La feminidad* (1933), en donde recapitula aquel primer momento en

el desarrollo de su teoría y lo define como un interesante episodio de la historia de la investigación analítica que me hizo pasar muchas horas penosas; menciona que en aquella época su principal interés era el descubrimiento de traumas sexuales infantiles, coincidiendo los resultados en casi todas sus pacientes que referían habían sido seducidas por su padre, antes de advertir que los síntomas histéricos derivan de fantasía, mas no de episodios reales (Freud, 1992/1933, págs. 111-112).

Sólo más tarde pude discernir en esta fantasía de la seducción por el padre la expresión del complejo de Edipo típico en la mujer. Y ahora reencontramos la fantasía de seducción en la prehistoria preedípica de la niña, pero la seductora es por lo general la madre. Empero, aquí la fantasía toca el terreno de la realidad, pues fue efectivamente la madre quien a raíz de los menesteres del cuidado corporal provocó sensaciones placenteras en los genitales, y acaso hasta las despertó por vez primera (Freud, 1992/1933, pág. 112).

Sobre los vínculos libidinales de la niña con la madre, Freud (1992/1933, pág. 112) indica que atraviesan por las tres fases de la sexualidad infantil, se expresan mediante deseos orales, sádico-anales y fálicos; además señala que se caracterizan por su ambivalencia, tanto de naturaleza tierna como hostil-agresiva.

No siempre es fácil pesquisar la formulación de estos tempranos deseos sexuales; el que se expresa con mayor nitidez es el de hacerle un hijo a la madre, así como su correspondiente, el de parirle un hijo, ambos pertenecientes al período fálico, bastante extraños, pero comprobados fuera de duda por la observación analítica. El atractivo de estas indagaciones reside en los sorprendentes descubrimientos que nos proporcionan. Por ejemplo, ya en este período preedípico se descubre, referida a la madre, la angustia de ser asesinado o envenenado, que más tarde puede constituir el núcleo de una paranoia (Freud, 1992/1933, pág. 112).

Se concluye como trascendental el descubrimiento de Freud en cuanto a que las escenas de seducción son, en ocasiones, el producto de reconstrucciones fantasmáticas, descubrimiento que es correlativo con el develamiento progresivo de la sexualidad infantil (Laplanche, 2004, pág. 395).

## **3.2. Fantasías sobre la concepción**

### **3.2.1. Teorías sexuales infantiles**

Freud sostiene que las fantasías se basan, en lo que él denomina fantasías originarias, restos mnémicos transmitidos por herencia de experiencias vividas en la historia de la especie humana (Laplanche, 2004, pág. 396). En cuanto a la relación entre las fantasías y la pregunta sobre el origen, en su trabajo *Sobre las teorías sexuales infantiles* (1908), Freud describe la curiosidad infantil y algunas teorías formuladas por los

niños para explicarse el nacimiento, ya sea de un hermano o de sí mismos. La “fábula de la cigüeña” generalmente es fomentada por los padres que la muestran como explicación de la llegada de un hermano o ante la pregunta por el origen de los niños; sin embargo, al cabo de no mucho tiempo, advierten que no es real y “a partir de este primer engaño y rechazo alimentan desconfianza hacia los adultos, adquieren la vislumbre de algo prohibido que los «grandes» desean mantenerles en reserva y por eso rodean de secreto sus ulteriores investigaciones” (Freud, 1992/1908c, pág. 191).

Freud (1992/1908c, pág. 191) menciona en este texto la intelección del pequeño Hans, que nota la relación entre el aumento del tamaño del vientre y la llegada de su hermanita. El producto del trabajo generado de las comunicaciones con los padres de Hans, se expone en *Análisis de la fobia de un niño de cinco años (1909)*, en donde se advierte que fue una fuente de reflexiones trascendentes para la posterior teorización de Freud sobre la sexualidad infantil y el complejo de Edipo.

Hans, a través de diversos dichos y preguntas, exteriorizaba a pesar de su temprana edad, un interés particularmente vivo por la parte de su cuerpo que tenía la costumbre de designar como “hace-pipí” (Wiwi-macher). A partir de sus observaciones, había conquistado un signo esencial para distinguir entre un ser vivo y una cosa inanimada, al declarar que “un perro y un caballo tienen un hace-pipí; una mesa y un sillón, no”. Además, la curiosidad de Hans se extiende muy en particular a sus padres, a quienes inquiere si tienen un hace-pipí y manifiesta interés en mirarlo. Freud concluye que el apetito de saber y la curiosidad sexual parecen ser inseparables entre sí (Freud, 1992/1909b, págs. 8-10).

Freud (1992/1908c, pág. 192) establece que la primera de las teorías sexuales se anuda al hecho de no advertir las diferencias entre los sexos, que destaca como característico de la infancia; esta teoría consiste en atribuir a todos los seres humanos, aun a las mujeres, un pene. Retomando el caso del pequeño Hans, cuando éste presencia el baño de su recién nacida hermana menor, exclama que su hace-pipí es todavía chico, tras lo cual agrega, como a modo de consuelo, que le crecería cuando esté más grande (Freud, 1992/1909b, pág. 12).

La ignorancia sobre la existencia de la vagina, permite que el niño se convenza de la segunda de las teorías sexuales; si el hijo crece en el vientre de la madre y es sacado de ahí, ello ocurrirá por la única vía posible, la abertura del intestino, entonces consideraría que es preciso que el hijo sea evacuado como un excremento, una deposición (Freud, 1992/1908c, pág. 195).

Son comunes en tal momento, las ideas de que el hijo sale por el ombligo que se abre, o que cortan el vientre para sacarlo, como sucede con el lobo en el cuento de Caperucita roja. Sin embargo, Freud (1992/1908c, pág. 195) señala que es natural olvidar que en años anteriores se creyó en otras teorías del nacimiento, como la de la cloaca.

No era ninguna degradación haber venido al mundo como un montón de caca, aún no excreado por el asco. La teoría de la cloaca, válida para tantos animales, era la más natural y la única que podía imponérsele al niño como probable. Entonces no era sino consecuente que el niño no concediera a la mujer el doloroso privilegio de parir. Si los hijos nacían por el ano, el varón podía parir igual que la mujer. Así, el muchacho podía fantasear que él mismo concebía hijos, sin que por eso pudieran imputársele inclinaciones femeninas (Freud, 1992/1908c, pág. 195).

Finalmente, la tercera teoría sexual se trata de la concepción sádica del coito, a partir de la observación a escondidas de la relación sexual de los padres o la imaginación de una relación sexual agresiva (Freud, 1992/1908c, pág. 196).

Cualquiera que sea la pieza de ese comercio que entonces observen, la posición recíproca de las dos personas, los ruidos que hacen o ciertas circunstancias secundarias, siempre llegan a lo que podríamos llamar la misma concepción sádica del coito: ven en él algo que la parte más fuerte le hace a la más débil con violencia, y lo comparan, sobre todo los varoncitos, con una riña como las que conocen del trato entre niños, y que por cierto no dejan de ir contaminadas por una excitación sexual (Freud, 1992/1908c, pág. 196).

La concepción sádica del acto sexual se confirma para el niño, al descubrir algunas huellas de sangre eventualmente en la cama o la ropa interior de la madre. Son para él pruebas de que a la noche se ha vuelto a producir una embestida así del padre sobre la madre. Freud indica que algunos casos de “horror a la sangre” en los neuróticos, podrían hallar su esclarecimiento dentro de este nexo (Freud, 1992/1908c, pág. 196).

Además, Freud (1992/1908c, pág. 198) agrega una teoría que califica como significativa y particularmente femenina, la teoría de procrear un hijo a través de un beso, que deja traslucir desde luego el predominio de la zona erógena bucal; Freud indica que se trata de una teoría expresada por muchachas cuya investigación sexual experimentó las más poderosas inhibiciones en la infancia.

En *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (1910), al hablar de la pulsión de saber de los niños ante la pregunta por el origen, propio o de un nuevo hermano, Freud señala que éste no da crédito a la explicaciones de los adultos, tales como la fábula de la cigüeña:

Investiga por sus propios caminos, colige la estadía del hijo en el seno materno y, guiado por las mociones de su propia sexualidad, se forma opiniones sobre la concepción del hijo

por algo que se come, su alumbramiento por el intestino, el papel del padre, difícil de averiguar, y ya entonces sospecha la existencia del acto sexual, que le parece algo hostil y violento. Pero como su propia constitución sexual no está a la altura de la tarea de engendrar hijos, también tiene que resultar estéril su investigación acerca de dónde vienen los niños, y abandonarse por no consumable (Freud, 1992/1910b, pág. 73).

En dicho artículo Freud analiza un recuerdo infantil que Leonardo ha mencionado en un trabajo sobre el vuelo del buitre, tema al que asume estaba predestinado a ocuparse y alude a un temprano recuerdo de haber sido visitado en su cuna por un buitre que le había abierto la boca y golpeado varias veces con la cola en sus labios. A lo que Freud (1992/1910b, pág. 77) acota que dicha escena con el buitre no habría sido un recuerdo de Leonardo, sino una fantasía que él habría formado más tarde y trasladó a su infancia.

Equipara Freud la cola del buitre en la boca con una felación y con el acto de lactar del pecho materno. Indica que no sorprende que por ello sitúe en la época de lactancia el recuerdo de la supuesta vivencia con el buitre; se escondería entonces, tras la fantasía, la reminiscencia del haber sido amamantado. Por otro lado, menciona que en la antigüedad, el buitre había sido un símbolo de la maternidad para los egipcios, puesto que se creía que era una especie en la que solo había hembras y ningún macho, lo que lo lleva a relacionarlo con la ausencia de padre en la vida de Leonardo (Freud, 1992/1910b, págs. 81-83).

Ahora podemos representarnos de la siguiente manera la génesis de la fantasía de Leonardo sobre el buitre. Cierta vez que en un Padre de la Iglesia o en un libro de ciencias naturales leyó que los buitres eran todos hembras y podían reproducirse sin el concurso de machos, emergió en él un recuerdo que se trasfiguró en aquella fantasía, con este significado: que él mismo era un hijo de buitre, pues tenía madre, pero no padre; y a esto se le unió, de la manera en que sólo impresiones tan antiguas son capaces de exteriorizar, un eco del goce que le había sido deparado en el pecho materno (Freud, 1992/1910b, pág. 84).

De acuerdo a datos biográficos, se conoce que en algún punto de su infancia, Leonardo da Vinci habría sido recogido en casa de su padre, aunque no se sabe con certeza cuando aconteció, dicha fantasía da cuenta de que los primeros años de su vida, los decisivos, transcurrieron con su madre. Freud (1992/1910b, págs. 85-86) señala que desde la infancia, se advierte la manifestación de la pulsión de saber, ya que Leonardo estuvo inclinado a la cavilación sobre el enigma del origen y la relación que tiene el padre con su génesis. La vislumbre de ese nexo entre su investigación y su historia infantil, en efecto, le habría hecho exclamar más tarde que desde siempre estuvo destinado a profundizar en el problema del vuelo de los pájaros, pues ya en la cuna había sido visitado por un buitre.

### 3.2.2. Escena primaria

También en relación con la pregunta sobre el origen, surgen las fantasías de escena primaria. Laplanche la define como la “escena de relación sexual entre los padres, observada o supuesta basándose en ciertos indicios y fantaseada por el niño. Éste la interpreta generalmente como un acto de violencia por parte del padre (Laplanche, 2004, pág. 123).

El sujeto está siempre presente en tales escenas; incluso en la escena originaria, de la que puede parecer excluido, figura de hecho, no sólo como observador, sino como participante que viene, por ejemplo, a perturbar el coito de los padres (Laplanche, 2004, pág. 142).

En la *Carta 61* de su *Correspondencia con Fliess*, fechada el 2 de mayo de 1897, Freud indica que ha conseguido vislumbrar la estructura de la histeria, explica que “todo desemboca en la reproducción de escenas; unas se obtienen de manera directa y las otras siempre a través de fantasías interpuestas. Las fantasías provienen de lo oído, entendido con posterioridad, y desde luego son genuinas en todo su material” (Freud, 1992/1950, pág. 288).

Freud (1992/1950, pág. 288) se refiere a las fantasías como edificios protectores, sublimaciones de los hechos, que al mismo tiempo sirven al autodescarga; supone su origen a partir de fantasías onanistas; además señala un segundo discernimiento, que el producto psíquico que en la histeria es afectado por la represión no son en verdad los recuerdos, pues ningún ser humano se entrega sin razón a una actividad mnémica, sino unos impulsos que derivan de las escenas primordiales.

En cuanto a los elementos de la neurosis, explica:

Las tres neurosis —histeria, neurosis de angustia y paranoia— muestran los mismos elementos (junto a idéntica etiología), a saber: fragmentos mnémicos, impulsos (derivados del recuerdo) y poetizaciones protectoras; pero la irrupción hasta la conciencia, la formación de compromiso (y por tanto de síntoma), acontece en ellas en lugares diferentes; lo que bajo una desfiguración de compromiso penetra en lo normal son, en la histeria, los recuerdos, en la neurosis obsesiva, los impulsos perversos, en la paranoia, las poetizaciones protectoras (fantasías) (Freud, 1992/1950, pág. 289).

Adjunto, en el *Manuscrito L (1897)*, Freud presenta a las fantasías como medio para refinar recuerdos de infancia, una forma de sublimarlos. Freud expone que la meta del síntoma histérico “parece ser alcanzar las escenas primordiales. A veces se lo consigue de manera directa, otras veces por el rodeo de unas fantasías. En efecto, las fantasías son unos parapetos psíquicos edificados para bloquear el acceso a esos recuerdos” (1992/1950, pág. 289).

En cuanto al origen de las fantasías, Freud manifiesta que pueden haber sido establecidas a través de elementos que fueron escuchados y que se valorizaron con posterioridad, “y así combinan lo vivenciado y lo oído, lo pasado (de la historia de los padres y antepasados) con lo visto por uno mismo. Ellas son a lo oído como los sueños son a lo visto” (Freud, 1992/1950, pág. 289).

En el *Manuscrito M*, anexo a la carta 63 a Fliess, con fecha 25 de mayo de 1897, Freud apunta al trabajo de aproximación a las escenas primarias como una vía para el tratamiento de la histeria y la influencia de la resistencia en el proceso de elaboración:

Probablemente sea así: algunas de las escenas son directamente asequibles, otras lo son sólo a través de fantasías interpuestas. Las escenas están ordenadas según un grado de resistencia creciente; las reprimidas con más levedad acuden primero, pero sólo incompletas, a causa de su asociación con las reprimidas con más pesantez. El camino de trabajo [analítico] marcha dando vueltas, primero desciende hasta las escenas o hasta sus cercanías, luego baja en declive un tramo desde un síntoma, y otra vez desde el síntoma hacia lo hondo. Puesto que en los pocos síntomas se reúnen la mayoría de las escenas, ello lo hace a uno describir repetidas vueltas por los pensamientos que están detrás de los mismos síntomas (Freud, 1992/1950, pág. 292).

No obstante, Freud (1992/1917b, pág. 337) no excluye que las fantasías acerca del comercio sexual de los padres, podrían haberse basado en eventos reales; manifiesta que no resulta extraño que en ciertas familias, al adjudicarse al niño ninguna comprensión ni memoria, se le permite ser testigo de un acto sexual entre los padres u otros adultos; sin que se tome en cuenta que podrá comprender con posterioridad aquella impresión y reaccionar frente a ella. Además, Freud no descarta que en ocasiones la fantasía de escena primaria pudiera también apuntalarse en la observación del comercio sexual entre animales, que haya sostenido un insatisfecho placer de ver. Finalmente, Freud menciona que el producto de la fantasía más extremo de esta índole es el de haber observado el coito entre los padres cuando todavía no nato, se estaba en el seno materno.

En su artículo *De la historia de una neurosis infantil, caso del Hombre de los lobos* (1918), Freud articula los síntomas de su paciente con la observación del comercio sexual entre sus padres cuando él era niño. Indica que se trata de una hipótesis ante la cual no es menos crítico que el lector, a quien sugiere la creencia provisional de la realidad de aquella escena, en que el niño habría visto a los padres en la posición que adoptan durante la cópula los animales, el hombre erguido y la mujer agachada; situación que asocia con la época en que experimentaba angustia ante la imagen de un libro de cuentos con que su hermana lo aterrorizaba, en que figuraba la imagen de un lobo erguido en posición vertical, adelantando una de sus patas traseras, las zarpas extendidas y las orejas tiesas (Freud,

1992/1918, pág. 38). Freud se interroga si “acaso no fue un coito entre los padres, sino un coito entre animales, el observado por el niño y trasladado luego a los padres, como si hubiera descubierto que los padres no obrarían de otro modo” (Freud, 1992/1918, pág. 55).

El niño —como el adulto— sólo puede producir fantasías con un material adquirido de alguna parte; el niño tiene cerrados algunos de los caminos que le permitirían esa adquisición —la lectura, por ejemplo—, y el lapso de que dispuso para lograrla es breve y resulta fácil compulsar esas fuentes (...) En tal caso, pudo haber adquirido en los más diversos puntos temporales del largo intervalo las impresiones, representaciones y conocimientos que luego mudó en una imagen de la fantasía, proyectándola retrospectivamente sobre su infancia y adhiriéndola a sus padres (Freud, 1992/1918, pág. 53).

Aquellas experiencias de las cuales pudieron haber surgido elementos para la construcción de aquella fantasía, las atribuye a las observaciones de perros ovejeros durante su infancia. Freud no desconoce la posibilidad de que además haya podido observarlos durante el coito, cuya imagen mnémica recién adquirida pudo haberse transferido a los padres con todos sus detalles (Freud, 1992/1918, pág. 55).

La transferencia de los perros en coito a los padres no se consumó entonces por medio de un procedimiento de inferencia ligado a palabras, sino buscando en el recuerdo una escena real en que los padres estuvieron juntos, escena que pudo fusionarse con la situación de coito (Freud, 1992/1918, pág. 56).

La escena que se habría fusionado, pudo haber sido, según indica Freud, una escena inocente, una siesta de verano, durante un periodo de enfermedad, despierta ante la presencia de ambos padres; el resto lo habría agregado el posterior deseo del niño, en su apetito de saber, de espiar también a sus padres en su comercio amoroso, sobre la base de sus experiencias con los perros; entonces, la escena así fantaseada desplegó sus efectos, como si hubiera sido enteramente real (Freud, 1992/1918, pág. 56).

A propósito de este caso, Freud establece que, habiendo sido testigo, al año y medio, de un coito entre sus padres, el hombre de los lobos sólo lo comprende a los cuatro años, gracias a su desarrollo, su excitación sexual y su investigación sexual. Sólo a esa edad esta escena primaria toma para él toda su eficacia psíquica, determinante en su fantasma y en su síntoma. (Chemama, 1998, pág. 34).

### **3.2.3. Novela familiar**

En la carta 59, fechada el 6 de abril de 1897, Freud señala el descubrimiento de una nueva fuente en la resolución de la histeria, de la que deriva un elemento nuevo de la

producción inconsciente, se refiere a las fantasías histéricas, que se remontan a las cosas que los niños oyeron en época temprana y sólo con posterioridad entendieron. En aquella época, Freud parece haber considerado que dichas fantasías eran exclusivas de los paranoicos; sin embargo, no tardó en extenderlas a los neuróticos en general, bajo el nombre de novelas familiares (Freud, 1992/1950, pág. 285).

En el *Manuscrito M (1897)* de la correspondencia con Fliess, Freud indica que algunas personas se sirven de la novela familiar para ilegitimar a sus parientes; Freud (1992/1950, pág. 295) menciona el ejemplo de una paciente que no puede andar sola a severa con ello la infidelidad de la madre, asociando la agorafobia con una novela de prostitución, que a su vez se remonta a la novela familiar.

En *La novela familiar de los neuróticos*, texto que elaboró en 1908, Freud (1992/1909a, pág. 217) expone sobre otra forma de fantasías en cuanto al origen del sujeto; señala como para el niño, los padres son en principio la única autoridad y fuente de toda creencia, siendo su objetivo llegar a parecerse a ellos, ser grande como el padre y la madre.

Sin embargo, al conocer otros padres, advierte diferencias con los propios:

Conoce a otros padres, los compara con los propios, lo cual le confiere un derecho a dudar del carácter único y sin parangón a ellos atribuido. Pequeños sucesos en la vida del niño, que le provocan un talante descontento, le dan ocasión para iniciar la crítica a sus padres y para valorizar en esta toma de partido contra ellos la noticia adquirida de que otros padres son preferibles en muchos aspectos (Freud, 1992/1909a, pág. 217).

Ante el sentimiento de ser relegado, ante la amenaza de pérdida del amor total de los padres o al lamentar tener que compartirlo con otros hermanos, Freud (1992/1909a, págs. 217-218) indica que suele surgir la fantasía, común en la infancia, de ser un hijo bastardo o adoptivo; que es rara vez recordada con conciencia, pero surge en el análisis y a la que Freud designa como *novela familiar de los neuróticos*.

Es enteramente característica de la neurosis, como también de todo talento superior, una particularísima actividad fantaseadora, que se revela primero en los juegos infantiles y luego, más o menos desde la época de la pre pubertad, se apodera del tema de las relaciones familiares (Freud, 1992/1909a, pág. 218).

La actividad fantaseadora acerca de la familia y los propios orígenes, similar al sueño diurno, está en el orden del cumplimiento del deseo. Sobre las principales metas de los sueños diurnos, Freud señala la erótica y la de ambición, e indica:

Pues bien, hacia la edad que hemos mencionado la fantasía del niño se ocupa en la tarea de librarse de los menospreciados padres y sustituirlos por otros, en general unos de posición social más elevada. Para ello se aprovechan encuentros casuales con vivencias efectivas (conocer al señor del castillo o al terrateniente, en el campo, o a los nobles, en la ciudad). Tales vivencias casuales despiertan la envidia del niño, envidia que luego halla expresión en una fantasía que le sustituye a sus dos padres por unos de mejor cuna (Freud, 1992/1909a, pág. 218).

Freud (1992/1909a, págs. 218-219) discierne dos estadios en la novela familiar, el primero uno asexual, en la etapa en que el niño aún no se ha dado cuenta de las condiciones sexuales diversas de padre y madre, en que la fantasía tiende a ser la de ser adoptado. Por otro lado, en el segundo estadio, el sexual, con la noticia sobre los procesos sexuales, la descendencia de la madre se considera inmodificable, siendo la descendencia del padre la que se pone en duda; nace una inclinación a pintarse situaciones y vínculos eróticos en que entra como fuerza pulsional el placer de poner a la madre, que es asunto de la suprema curiosidad sexual, en la situación de infidelidad escondida y secretos enredos amorosos.

Sin embargo, Freud (1992/1909a, pág. 220) advierte al lector que no debieran considerarse aquellas imaginерías en apariencia hostiles, desde la malignidad del niño, sino como vestigios de la ternura originaria del niño hacia sus padres:

Sólo en apariencia son infieles y desagradecidas; en efecto, si uno escruta en los detalles las más frecuentes de esas fantasías noveladas, esa sustitución de ambos progenitores o del padre solo por unas personas más grandiosas, descubre que estos nuevos y más nobles padres están íntegramente dotados con rasgos que provienen de recuerdos reales de los padres inferiores verdaderos, de suerte que el niño en verdad no elimina al padre, sino que lo enaltece. Y aun el íntegro afán de sustituir al padre verdadero por uno más noble no es sino expresión de la añoranza del niño por la edad dichosa y perdida en que su padre le parecía el hombre más noble y poderoso, y su madre la mujer más bella y amorosa (Freud, 1992/1909a, pág. 220).

Respecto de la novela familiar, Braunstein (2008, pág. 11) indica que se escribe en diarios, agendas, autobiografías y que cuentan los pacientes en sus sesiones de análisis. Advierte que en el texto de aquella novela hay siempre algún mito fundador, una prehistoria ancestral, un relato del génesis que el sujeto no puede recordar porque le viene de los labios de otros.

Sobre el mito originario y sobre las huellas de experiencias innominadas se levanta la choza o el palacio de la memoria en el que alternan oscuras cavernas y salones a media luz. Debe haber, además, un acontecimiento primero, basal, que sirva de ancla para comenzar el

relato de las peripecias de una existencia y de un exilio vitalicio, un exilio en el país de la memoria. El primer recuerdo. El recuerdo de infancia. Fantasmal, mítico (Braunstein, 2008, pág. 11).

### **3.3. Fantasías sobre el origen de la diferencia de los sexos**

#### **3.3.1. Castración**

La castración se plantea como una fantasía que responde a la pregunta sobre el origen de los sexos; se trata de un complejo que surge a partir de una de las teorías sexuales infantiles, la idea de que todas las personas tienen pene. Cuando se descubre la diferencia anatómica entre los sexos, la presencia o ausencia de pene; el niño o niña puede llegar a suponer que esta diferencia se debe a que el pene de la mujer ha sido cortado. De modo que el complejo de castración es el momento en el que una teoría infantil “todos tienen pene” es reemplazada por otra “las mujeres han sido castradas” (Evans, 1997, pág. 52).

En su trabajo *Sobre las teorías sexuales infantiles*, Freud (1992/1908c, pág. 193) menciona la relación entre las prácticas onanistas y el complejo de castración; señala que tras ser descubierto por sus padres, el niño sería aterrorizado con la amenaza de que se le cortarían el miembro, dando lugar al espanto que se asocia con el complejo de castración.

El niño teme la castración como realización de una amenaza paterna en respuesta a sus actividades sexuales, lo cual le provoca una intensa angustia de castración. En la niña, la ausencia de pene es sentida como un perjuicio sufrido, que intenta negar, compensar o reparar (Laplanche, 2004, pág. 58).

En su trabajo sobre el pequeño Hans, Freud expone una escena entre la madre y el niño, tras ser hallado masturbándose, a la que se alude la generación de la angustia de castración:

A la edad de 3 1/2 años, su madre lo encuentra con la mano en el pene.

Ella lo amenaza: «Si haces eso, llamaré al doctor A., que te corte el hace-pipí. Y entonces, ¿con qué harías pipí?».

Hans: «Con la cola {Popo}» (Freud, 1992/1909b, pág. 9)

Freud explica que aunque la respuesta inicial de Hans, ante la amenaza de castración, no implica cierta conciencia de culpa, constituye la ocasión en que adquiere el complejo que, indica se ve precisado a inferir frecuentemente en los análisis de neuróticos, aunque todos muestren renuencia a admitirlo (Freud, 1992/1909b, pág. 9).

Hans da cuenta de resistirse a tomar noticia de la diferencia anatómica entre hombres y mujeres; asume que como él, las niñas y su madre tienen también pene. Se relata una fantasía que expresa posteriormente:

«Me he pasado el dedo un poquitito por el hace-pipí. Entonces he visto a mami toda desnuda en camisa, y ella ha dejado ver el hace-pipí. Le he mostrado a Grete, a mi Grete, lo que hace mamá, y le he mostrado mi hace-pipí. Entonces he sacado rápido la mano del hace-pipí» (Freud, 1992/1909b, pág. 28).

Freud califica a la anterior como una fantasía onanista, la equipara a un sueño. Indica que lo que en su fantasía hace ejecutar a la madre, sirve para justificar “Si mami muestra el hace-pipí, yo también puedo hacerlo”. A partir de dicha fantasía pueden averiguarse dos cosas: la primera, que la reprimenda de la madre surtió en su momento un intenso efecto sobre él, y la segunda, que al comienzo no acepta el esclarecimiento de que las mujeres no tienen un hace-pipí. Lamenta que deba ser así, y se aferra a él en la fantasía (Freud, 1992/1909b, pág. 29).

Freud expone lo que Alfred Adler había planteado sobre el “entrelazamiento pulsional” que consiste en que el placer en el miembro sexual propio se enlaza con el placer de ver, en sus plasmaciones activa y pasiva. El pequeño procura ver el hace-pipí de otras personas, desarrolla una curiosidad sexual y gusta de mostrar el propio; además se queja ante los padres por no permitirle ver el hace-pipí de ellos, probablemente por la necesidad de comparación con el propio (Freud, 1992/1909b, pág. 88).

Sin embargo, Freud (1992/1917b, pág. 336) llegó a exponer posteriormente que es improbable que todos los niños hubiera recibido la amenaza de castración como aparecía en los análisis de los neuróticos; dilucida que el niño pudo haber construido dicha amenaza con base en ciertos indicios, además de la censura de la satisfacción autoerótica y bajo la impresión de su descubrimiento de los genitales femeninos.

Finalmente, la castración se ubica en el orden de la fantasía ya que “para producir sus efectos, no necesita ser ejecutada ni tan sólo ser explícitamente formulada por parte de los padres” (Laplanche, 1985, pág. 60).

Lacan, por su parte, habla más a menudo de “castración” que de “complejo de castración”; sigue a Freud al afirmar que la castración es primero y principalmente un fantasma de mutilación del pene (Evans, 1997, pág. 53).

Lacan vincula este fantasma a toda una serie de fantasías de desmembramiento corporal que se originan en la imagen del cuerpo fragmentado; esta imagen es contemporánea del estadio del espejo (de los seis a los dieciocho meses), y solo mucho más tarde estos

fantasmas de desmembramiento se refunden en torno al fantasma específico de la castración (Evans, 1997, pág. 53).

Sin embargo, no fue hasta mediados de la década de 1950, que el complejo de castración llegó a desempeñar un papel prominente en la enseñanza de Lacan, en que se ubica a la castración, junto a la frustración y privación como formas de “falta de objeto”. Se plantea a la frustración como falta imaginaria de un objeto real, la privación como falta real de un objeto simbólico, y la castración como la falta simbólica de un objeto imaginario; puesto que no se refiere al pene real sino al falo imaginario, sacando así la explicación del complejo de castración de la dimensión biológica y anatómica (Evans, 1997, pág. 53).

### **3.4. Fantasías en el análisis**

#### **3.4.1. Fantasías de paliza**

Además de las fantasías inconscientes sobre el origen o la diferencia de los sexos, “La fantasía es también un resultado del análisis, un término o contenido latente oculto detrás del síntoma y que debe ser sacado a la luz” (Laplanche, 1985, pág. 46).

En el transcurso de la cura analítica, Freud advierte recurrentes fantasías de paliza, que se manifiestan en el discurso de sus analizantes. En *Pegan a un niño, Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales* de 1919, Freud (1992/1919, pág. 177) expone que en su práctica clínica se presentaban con frecuencia versiones de fantasías de paliza de sus analizantes: “La representación-fantasía *Pegan a un niño* es confesada con sorprendente frecuencia por personas que han acudido al tratamiento analítico a causa de una histeria o de una neurosis obsesiva”.

La confesión de esta fantasía sólo sobreviene con titubeos; el recuerdo de su primera aparición es inseguro, una inequívoca resistencia sale al paso de su tratamiento analítico, y la vergüenza y el sentimiento de culpa quizá se movilizan con mayor vigor en este caso que a raíz de parecidas comunicaciones sobre los comienzos recordados de la vida sexual (Freud, 1992/1919, pág. 177).

Freud (1992/1919, pág. 177) establece que las primeras fantasías de ese tipo se cultivaron muy temprano, probablemente antes de la edad escolar, alrededor de los cinco o seis años, pero que al niño co-presenciar en la escuela cómo otros niños son azotados por el maestro, esa vivencia vuelve a convocar aquellas fantasías si se habían adormecido, las refuerza si aún persistían, y modifica de manera apreciable su contenido.

El influjo de la escuela era tan nítido que los pacientes en cuestión ensayaban al comienzo reconducir sus fantasías de paliza exclusivamente a tales impresiones de la época escolar,

posteriores al sexto año. Sin embargo, ello en ningún caso resultó sostenible; las fantasías habían estado presentes desde antes. (Freud, 1992/1919, págs. 177-178).

Además de las situaciones escolares, Freud (1992/1919, pág. 178) expone que puede ser que referencias literarias influyan en la actividad fantaseadora del niño que empieza a inventar profusamente situaciones e instituciones en que unos niños eran azotados o recibían otra clase de castigos y correctivos a causa de su conducta y malas costumbres.

Debido al elevado placer con que se investía la representación-fantasías “un niño es azotado”, podría esperarse que la contemplación de cómo otro niño fuera azotado en la escuela hubiera sido una fuente de parecido goce. Sin embargo, dice haber observado que vivenciar escenas reales de paliza en la escuela provocaba en el niño espectador una peculiar emoción, probablemente una mezcla de sentimientos en la que la repulsa tenía participación considerable (Freud, 1992/1919, pág. 178).

Freud (1992/1919, pág. 179) se había interrogado sobre la relación entre la fantasía de paliza y la forma en que la persona ha sido disciplinada en la infancia; sin embargo, no parecía vislumbrar con claridad si el placer adherido a la fantasía se caracterizaba como sádico o masoquista, de cualquier forma lo articuló con prácticas onanistas que concibe como un rasgo primario de perversión; ubicando el origen de tales fantasías quizás a raíz de ocasiones casuales y que se retienen para la satisfacción autoerótica.

Se menciona, además, que las fantasías de paliza suelen instalarse hacia el final del periodo de la infancia comprendido entre los dos a cuatro o cinco años o después de él, cuando los factores libidinosos congénitos son despertados por las vivencias y ligados a ciertos complejos. Durante el análisis advierte Freud (1992/1919, pág. 181) que las fantasías de paliza tienen una historia evolutiva compleja, en cuyo transcurso se sujetan a cambios en cuanto al vínculo con la persona fantaseadora, su objeto, contenido y significado.

En un primer momento, se enuncia que “pegan a un niño”, Freud (1992/1919, pág. 182) señala que no es el fantaseador el que ejecuta la acción, por lo que no podría definirse como una fantasía sádica. En cuanto a quién es, en realidad, la persona que pega, no queda claro al comienzo, sólo puede comprobarse que no es otro niño sino una persona adulta indeterminada que más tarde se reconoce de manera clara y unívoca como el padre; entonces el “pegan a un niño” deviene en “el padre pega al niño”, hasta dar lugar a “el padre pega a un niño que yo odio”.

En la segunda fase de la fantasía de paliza, la persona que pega sigue siendo el padre y el niño azotado deviene otro, “la fantasía se ha teñido de placer en alto grado y se ha llenado con un contenido sustantivo cuya derivación nos ocupará más adelante. Entonces, su texto es ahora: «Yo soy azotado por el padre». Tiene un indudable carácter masoquista” (Freud, 1992/1919, pág. 183).

Freud (1992/1919, pág. 183) explica que en la tercera fase, se aproxima a la primera; sin embargo, la figura del padre deviene en una persona indeterminada, otro adulto, por ejemplo, un profesor. Así como, el niño azotado ya no es la persona propia del niño fantaseador, sino que se presentan subrogantes del niño; mientras que se sostiene en un lugar de observador.

Las siguientes fases se enuncian como, para luego devenir en “Yo soy pegado por el padre”. La situación originaria, simple y monótona, del ser azotado puede experimentar las más diversas variaciones y adornos en cada versión, y el azotar mismo puede ser sustituido por castigos y humillaciones de otra índole. Empero, el carácter esencial que diferencia las fantasías más simples de la tercera fase de las de la primera y establece el nexo con la fase intermedia es el siguiente: la fantasía es ahora la portadora de una excitación intensa, inequívocamente sexual, y como tal procura la satisfacción onanista. (Freud, 1992/1919, pág. 183).

La fantasía de la época del amor incestuoso había dicho: «El (el padre) me ama sólo a mí, no al otro niño, pues a este le pega». La conciencia de culpa no sabe hallar castigo más duro que la inversión de este triunfo: «No, no te ama a ti, pues te pega». Entonces la fantasía de la segunda fase, la de ser uno mismo azotado por el padre, pasaría a ser la expresión directa de la conciencia de culpa ante la cual ahora sucumbe el amor por el padre. Así pues, la fantasía ha devenido masoquista; por lo que yo sé, siempre es así: en todos los casos es la conciencia de culpa el factor que trasmuda el sadismo en masoquismo (Freud, 1992/1919, pág. 186).

### **3.5. La noción de fantasía en Freud articulado al concepto de fantasma en Lacan**

Rabinovich (2005, pág. 2) describe el contexto histórico en que fue introducido el concepto de fantasma de Lacan, señala que en los años 50 a 60, estaba en su apogeo el concepto de fantasía inconsciente de Melanie Klein, que Susan Sutherland Isaacs, discípula suya, había definido a la fantasía como la traducción mental del instinto. Se advierte que en esa época se usaba el término “instinto” y no el término “pulsión” como traducción del *Trieb* freudiano. En la primera época de Lacan, a fines de los años 50, había

pasado a articularse el concepto de fantasma con el deseo, mas no con la pulsión, lo cual marca una separación con Melanie Klein (Rabinovich, 2005, pág. 2).

Al remontarse a la correspondencia de Freud con Fliess, se advierte que desde aquella época se vislumbraba la noción de fantasía articulada a una función de protección ante lo real del trauma; real que, posteriormente, con la elaboración lacaniana habría de tomar otro rumbo en la teoría: “Lo real no es la realidad. La realidad psíquica no es lo real lacaniano, pero sin embargo Lacan va a marcar cierta relación entre la realidad psíquica freudiana y el concepto de fantasma” (Rabinovich, 2005, pág. 2).

Se considera que los síntomas histéricos podrían jugarse de formas de tapar algo de lo que no se quiere saber. De acuerdo a lo propuesto por Lacan, aquello que ningún sujeto quiere saber es que el Otro no tiene respuesta:

Segundo punto, este Otro es otro fallido, dividido, que no es garante absoluto de la verdad, y por lo tanto deja al sujeto siempre en la indefinición. Pero si el fantasma es una respuesta que lo defiende frente al Otro que no tiene garantías, él tampoco tiene garantías porque también está atravesado por el sistema significante, aquí tenemos una nueva definición lacaniana de la castración, porque la castración es que el Otro tampoco tiene respuesta. El Otro está atravesado por el sistema significante y es tan humano como nosotros. Es decir, lo único que puede es desearnos, pero no tiene una respuesta plena a qué somos cada uno de nosotros ni domina la cadena significante, sino que es dominado por ella (Rabinovich, 2005, pág. 9)

La fórmula propuesta por Lacan para el fantasma ( $\$ \ll a$ ), según indica Rabinovich (2005, pág. 9), se plantea como una respuesta en la que se articulan de un modo particular el sujeto barrado y el objeto a; el fantasma constituye para Lacan el núcleo de la realidad psíquica, que considera diferente de lo real. Se establece que para Lacan, la realidad en que todos vivimos es esencialmente fantasmática.

Por su parte, Jacques-Alain Miller (1984, pág. 18) expone que en la experiencia analítica, a propósito del síntoma, el paciente habla mucho; en especial al empezar el análisis, habla de su síntoma para lamentarse de él. Sin embargo, en relación al fantasma, la situación es completamente diferente, indica que el paciente no suele acudir a lamentarse de su fantasma; por el contrario, señala que incluso podría decirse que a través de él obtiene placer.

Es válido decir que el paciente encuentra en su fantasma un recurso contra su síntoma, un consuelo. El fantasma tiene una función de consolación, que ya fue observada por Freud, pues introdujo al fantasma en psicoanálisis como una producción imaginaria que el sujeto

tiene a su disposición para ciertas ocasiones más o menos frecuentes. Freud la llamó “sueño diurno”, y bajo esa forma irrumpió el fantasma en el discurso psicoanalítico (Miller, 1984, pág. 18).

Acerca de la función de consolación, Miller (1984, pág. 18) halla referencias en la literatura psicoanalítica: el teatro privado del que habla Anna O. podría articularse con un vínculo entre el fantasma y esa función de consolación; además, resalta que es la masturbación una “consolación filosófica por excelencia”. Se indica que la satisfacción masturbatoria es un goce fálico, distinto al goce del Otro; un goce sin Otro, sin Otro cuerpo.

De acuerdo a la anterior lectura, se ubica al fantasma como algo que parece producir placer al sujeto, mientras que el síntoma, displacer. Recapitulando sobre lo dicho por Freud en *El creador literario y el fantaseo*, se planteaba que el sujeto tiende a guardar celosamente los sueños diurnos y la actividad fantaseadora como un tesoro, su propiedad más íntima, lo que podría asociarse con la vergüenza que genera el fantasma:

Al neurótico, por lo general, su fantasma lo avergüenza, porque se le presenta en contradicción con sus valores morales. Es que, muy generalmente, toma del discurso de la perversión el contenido de sus fantasmas, cosa dicha por Freud, por Lacan, y que observamos también en la experiencia. Que el neurótico tenga fantasmas perversos no quiere decir que lo sea (Miller, 1984, pág. 19).

Se indica que en esa vía podría explicarse la dimensión de vergüenza que rodea el fantasma. Miller (1984, pág. 19) ejemplifica que un obsesivo, podría obtener del discurso de la perversión su fantasma, tomándolo del campo de un goce que no es el propio, o mujeres feministas que dan cuenta de fantasmas masoquistas con los que no saben qué hacer porque contradicen sus ideales, u hombres humanistas cuyos fantasmas son particularmente agresivos.

Aquello que Lacan formalizó, lo había expuesto claramente Freud al finalizar la segunda parte de su texto *Pegan a un niño*, en que se dice que el fantasma permanece aparte del resto de contenido de una neurosis. A partir de aquello, señala Miller (1984, pág. 19) que el fantasma está en otro lugar distinto al resto de los síntomas, y que en la dirección de la cura debemos contar con esta idea, según la cual el campo en que se produce la experiencia analítica no es un campo unificado; que el síntoma y el fantasma se ubican en lugares diferentes.

Desde el punto de vista de la interpretación, se evidencian diferencias entre síntoma y fantasma. Indica que el fantasma fundamental nunca es interpretado, siendo el fantasma fundamental el que corresponde al segundo tiempo del análisis de *Pegan a un niño*, y no

solo porque haya por parte del paciente una reticencia a comunicarlo, sino porque está ubicado en tal lugar que nunca aparece en la experiencia. Se dice que nunca es interpretado realmente porque la interpretación se da sobre los síntomas, nunca sobre el fantasma fundamental que, según Miller (1984, pág. 21), no es objeto de interpretación por parte del analista, sino un objeto de construcción.

Miller (1984, pág. 23) relaciona el fantasma con la angustia y señala que “el fantasma se puede ubicar como lo que cubre la angustia suscitada por el deseo del Otro. Es verdad, claro está, que la angustia misma aparece cuando hay un desfallecimiento de la cobertura fantasmática”; vale la pena remitirse a lo propuesto por Freud respecto a la fobia, como la cobertura de la angustia a través de un miedo.

En cuanto al fantasma como tope y resistencia a la intervención del analista, Miller (1984, pág. 27) retoma la fórmula de Lacan e invita a la lectura de un fragmento de *Pegan a un niño* de Freud:

Nuestras presentes intelecciones nos permitirían adentrarías hasta este punto, y no más allá, en la comprensión de las fantasías de paliza. Es verdad que el médico analista, siempre que debe confesarse que esas fantasías las más de las veces permanecen apartadas del restante contenido de la neurosis y no ocupan un sitio legítimo dentro de su ensambladura, siente la sospecha de que el problema no ha quedado resuelto con ello; empero, como lo sé por mi propia experiencia, uno suele desdeñar de buen grado tales impresiones (Freud, 1992/1919, pág. 181)

Miller (1984, págs. 27-28) atribuye al aporte de Freud en *Pegan a un niño* un valor esencial en la cuestión del fantasma, señala que su traducción no es otra que la vinculación de este último con ese punto de falta en el Otro como lugar del significante; por ende, no se trata solamente de hablar de una reticencia a comunicar el fantasma, sino de articularla, formalizarla, porque no es mala voluntad del paciente, ni una resistencia del Yo o Superyó; sino que se trata de una posición en el lugar del Otro que es un punto de falta en el significante:

Si no hay interpretación del fantasma fundamental es justamente porque el mismo se ubica en esa falta del significante. De ahí que se pueda decir que es la cuestión más difícil de la dirección de la cura y también la del fin del análisis (Miller, 1984, pág. 28).

Acerca del fin de análisis, podría decirse que se espera que la relación del sujeto con ese fantasma fundamental se modifique, siendo ese el punto límite del análisis. Señala Evans (1997, pág. 91), que el fantasma es inconsciente y está más allá de la infinidad de imágenes que aparecen en los sueños y en otras partes; Lacan sostenía que en el curso

de la cura, el analista reconstruye el fantasma del analizante con todos sus detalles, y el trabajo no se detiene hasta atravesar el fantasma fundamental; lo que implicaría que la cura deba producir alguna modificación del modo de defensa fundamental del sujeto o su modo de goce. Se advierte la insistencia de Lacan en cuanto a que el fantasma no debería quedarse a nivel imaginario, indica que cualquier intento de reducir el fantasma a la imaginación es una equivocación permanente.

La modificación que en el transcurso de la cura se da, no tiene como objeto la eliminación de un síntoma, sino que pretende propiciar una cierta modificación de la posición subjetiva en el fantasma fundamental, lo que no es una cuestión de cura. Señala Miller (1984, pág. 29) que “a este respecto el fantasma fundamental es como el residuo del desarrollo de un análisis. Se lo podría ubicar como el residuo de la interpretación del síntoma”. Lo que completa posteriormente, señalando la dimensión real del fantasma:

Decir que el fantasma es un real en la experiencia analítica es como decir también que es un residuo que no puede modificarse (...) para Lacan, el fin del análisis es el logro de una modificación de la relación del sujeto con lo real del fantasma (Miller, 1984, pág. 30).

Finalmente, cabe señalar el carácter imaginario que se le atribuye al fantasma, en principio, correspondiente a todo lo que un sujeto puede producir como imágenes, tanto de aspectos de su mundo como de personajes de su ambiente, etc. En segundo lugar se observa también su dimensión simbólica, el fantasma consiste, cada vez, en una pequeña historia que obedece a ciertas reglas, a ciertas leyes de construcción que son las leyes de la lengua (Miller, 1984, pág. 29).

A propósito de Pegan a un niño, señala que se trata de un fantasma que no es más que una frase y cuyos tres tiempos son ciertas variaciones gramaticales; es decir, que ya hay en Freud una gramática del fantasma. Sin embargo, Miller (1984, pág. 30) concluye que Lacan no puso acento sobre la gramática del fantasma, sino sobre su lógica.

## CONCLUSIONES

Después del desarrollo del presente trabajo, se advierte la importancia del primer momento de elaboración freudiana acerca de la teoría del trauma asociada a la seducción, que le permitía colegir la existencia de un vínculo entre el trauma psíquico y la histeria. Se consideraba en aquella época que era el trauma o su recuerdo, lo que a su vez detonaba el síntoma; de modo que el tratamiento mediante hipnosis se enfocaba en inhabilitar, en un estado hipnoide, el recuerdo del trauma que habría provocado el ataque, método que fue empleado por Freud hasta la concepción de la realidad psíquica.

Freud, a través de la escucha de sus pacientes, constata que hay “algo” que se repite y retorna; sin embargo, no es sino hasta 1897 que en la *Carta 69* de la Correspondencia con Fliess, cuestiona la elaboración teórica sobre la histeria que había desarrollado hasta esa época y plantea la frase “Ya no creo más en mi neurótica”, que marca el punto en que Freud deserta la teoría del trauma histérico, el cual se considera relevante por su aporte a la concepción de las fantasías y la realidad psíquica. Sin embargo, Freud no hace pública su conclusión sino que continúa con el trabajo teórico hasta que en 1905 anuncia públicamente la renuncia a lo que había propuesto en un primer momento sobre el trauma y síntoma histérico, pero resalta la importancia de ese período, ya que dio lugar a la posterior elaboración acerca de la sexualidad infantil.

Según lo propuesto por Freud, se puede decir que las fantasías primordiales como la escena primaria, nacimiento de los niños, seducción y castración, se generarían como respuestas a la pregunta fundamental sobre el origen, que constituye una fuente de inquietudes durante la infancia. Similar a los mitos, dichas fantasías representan explicaciones a enigmas trascendentales, como son el origen de la vida, la diferencia de los sexos y en general lo que concierne a la sexualidad infantil.

Desde la concepción freudiana de escenas expuestas como reales y traumáticas, se observa ya la noción de que la fantasía o fantasma oculta lo real, entendido como el real freudiano del trauma. Aquellas fantasías consideradas como estructuras protectoras, influyen en la posterior elaboración de la lógica que Lacan desarrolla, en que se plantea al fantasma como estructura protectora frente a lo real.

Al contextualizar históricamente la introducción del concepto de fantasma de Lacan, Rabinovich (2005, pág. 2) señala que en los años 50 a 60, se hablaba frecuentemente de las fantasías inconscientes propuestas por Melanie Klein, entendidas como una “traducción mental del instinto”; en aquella época se empleaba el término instinto en lugar de pulsión,

como traducción del *Trieb* freudiano. El aporte de Lacan en un primer momento habría sido la articulación del fantasma con el deseo, más allá de la pulsión.

Acerca del fantasma en la clínica, con los aportes de Jacques-Alain Miller, se contempla la diferencia entre el fantasma y el síntoma. Miller (1984, pág. 19) señala que una persona que acude a hablar a un analista se encuentra presto a comunicar su síntoma, lo que se asocia con el displacer que éste genera; sin embargo el fantasma se asocia con el placer, lo que a su vez causa vergüenza porque puede caer en contradicciones con los valores morales de la persona. Se advierte una relación entre esta particularidad clínica y lo propuesto por Freud en *El creador literario y el fantaseo* en que al equiparar a las fantasías y ensoñaciones del poeta con el juego infantil, señala que los adultos, a diferencia de los niños, tienden a sentirse avergonzados de sus fantasías.

En conclusión, de acuerdo a lo planteado por la teoría psicoanalítica, se consideraría entonces que el objetivo en la dirección de la cura no se ubica en el orden de comprobar la veracidad de los hechos narrados por el paciente ni de aliviar un síntoma, sino que el trabajo en la experiencia del psicoanálisis persigue una modificación de la posición subjetiva respecto del fantasma fundamental.

## RECOMENDACIONES

Durante la formación básica y de especialidad de mi generación en la facultad, considero no se profundizó lo suficiente en la teoría psicoanalítica, probablemente por la demanda de una formación integral que abarque conocimientos de todas las corrientes; sin embargo, después del desarrollo del presente trabajo y a partir de mi breve experiencia clínica en institución, advierto lo fundamental de ubicarse fuera del eclecticismo y ahondar el estudio de la teoría desde la cual se trabaja la clínica. En el caso del psicoanálisis se recomienda enfocar el trabajo de formación a través de la lectura, no únicamente con el objetivo de la comprensión de las propuestas de distintos autores, sino tomando en consideración el valor de la profundización teórica a partir del seguimiento de nociones y conceptos en la evolución de la teoría.

En cuanto al enfoque de la clínica psicoanalítica a diferencia de otras corrientes, da un lugar importante a la realidad psíquica, por lo tanto la escucha no ha de orientarse en función de la comprobación de la veracidad de los sucesos que la persona dice haber experimentado; sino que se toma en consideración el deseo inconsciente en articulación con las fantasías.

Finalmente, se sugiere la pertinencia de endilgar el estudio de la teoría psicoanalítica freudiana no sin la aproximación al abordaje de Lacan, puesto que la elaboración lacaniana aporta elementos estructurales a la lectura de la obra freudiana. Se advierte que lo propuesto por Freud permitió el posterior desarrollo de la teoría de otros autores como Lacan, cuyas elaboraciones constituyen un amplio camino a recorrer; por tanto, se recomienda la profundización del aporte lacaniano sobre la constitución del fantasma asociado al goce y al deseo, así como el fin de análisis ligado al atravesamiento del fantasma; tomando en cuenta que al igual que la teoría freudiana no se trata de una concepción rígida sino que apunta hacia una construcción en base a la teoría articulada a la clínica, que evoluciona a lo largo de la obra.

## Bibliografía

- Braunstein, N. (1982). Lingüística. En N. Braunstein, *El lenguaje y el inconsciente freudiano*. México D. F.: Siglo XXI Editores.
- Braunstein, N. (2001). *Ficcionario de Psicoanálisis*. México D. F.: Siglo XXI Editores.
- Braunstein, N. (2008). *Memoria y espanto O el recuerdo de infancia*. México: Siglo XXI Editores.
- Chemama, R. (1998). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Eidelsztein, A. (Junio de 2011). La teoría de las ficciones o la ficción en el sentido más verídico. *Imago Agenda*(150), 22-24.
- Evans, D. (1997). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1992/1893). Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos: comunicación preliminar (Breuer y Freud). En *Obras Completas* (Vol. II). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1895). Estudios sobre la histeria. En *Obras Completas* (Vol. II). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1896a). De las neuropsicosis de defensa. En *Obras Completas* (Vol. III). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1896b). La etiología de la histeria. En *Obras Completas* (Vol. III). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1899). Sobre los recuerdos encubridores. En *Obras Completas* (Vol. III). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1900a). Interpretación de los sueños I. En *Obras Completas* (Vol. IV). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1900b). Interpretación de los sueños II. En *Obras Completas* (Vol. V). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1901). Psicopatología de la vida cotidiana. En *Obras Completas* (Vol. VI). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1905a). Fragmento de análisis de un caso de histeria. En *Obras Completas* (Vol. VII). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1905b). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras Completas* (Vol. VII). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1906). Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis. En *Obras completas* (Vol. VII). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

- Freud, S. (1992/1907). El delirio y los sueños en la Gradiva de W. Jensen. En *Obras Completas* (Vol. IX). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1908a). El creador literario y el fantaseo. En *Obras completas* (Vol. IX). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1908b). Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad (1908). En *Obras Completas* (Vol. IX). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1908c). Sobre las teorías sexuales infantiles. En *Obras completas* (Vol. IX). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1909a). La novela familiar de los neuróticos. En *Obras completas* (Vol. IX). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1909b). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. En *Obras Completas* (Vol. X). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1910a). Cinco conferencias sobre psicoanálisis 5. En *Obras Completas* (Vol. XI). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1910b). Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci. En *Obras Completas* (Vol. Tomo XI). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1911). Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico. En *Obras completas* (Vol. XII). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1913). El interés por el psicoanálisis. En *Obras Completas* (Vol. XIII). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1914a). Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. En *Obras Completas* (Vol. XIV). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1914b). Introducción del narcisismo. En S. Freud, *Obras Completas* (Vol. XIV). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1915a). Pulsiones y destinos de la pulsión. En *Obras Completas* (Vol. XIV). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1915b). Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica. En *Obras completas* (Vol. XIV). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1917a). Conferencias de Introducción al Psicoanálisis II. En *Obras Completas* (Vol. XVI). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1917b). Conferencias de Introducción al psicoanálisis III. En *Obras Completas* (Vol. XVI). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1918). De la historia de una neurosis infantil, caso del Hombre de los lobos. En *Obras Completas* (Vol. XVII). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

- Freud, S. (1992/1919). Pegan a un niño: Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales. En *Obras completas* (Vol. XVII). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1920). Más allá del principio del placer. En *Obras completas* (Vol. XVIII). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1924). La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis. En *Obras Completas* (Vol. XIX). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1925). Presentación autobiográfica. En *Obras Completas* (Vol. XX). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1931). Sobre la sexualidad femenina. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1933). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. En *Obras Completas* (Vol. XXII). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992/1950). Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1892-1899). En *Obras Completas* (Vol. I). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Gerber, D. (1996). Del significante a la letra: Un destino de escritura. En H. Morales, *Escritura y Psicoanálisis*. México D. F.: Siglo Veintiuno Editores.
- Laplanche, J. &-B. (1985). *Fantasía originaria, fantasía de los orígenes, origen de la fantasía*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Laplanche, J. &-B. (2004). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. (1984). *Dos dimensiones clínicas: síntoma y fantasma*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Rabinovich, D. (31 de mayo de 2005). Teórico 8. *Teóricos psicoanálisis: Escuela francesa*. Buenos Aires, Argentina. Recuperado el 20 de febrero de 2016, de [http://23118.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/informacion\\_adicional/electivas/francesa1/material/teorico%208%20EF%202005.pdf](http://23118.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/informacion_adicional/electivas/francesa1/material/teorico%208%20EF%202005.pdf)
- Saal, F. (1982). El lenguaje en la obra de Freud. En N. Braunstein, *El lenguaje y el inconsciente freudiano*. México D. F.: Siglo XXI Editores.
- Soler, C. (2007). *Finales de análisis*. Buenos Aires: Manantial.